

Dib. TONO. — Madrid.

EL PRÓCER. — Que le acompañen hasta la puerta, y no se lleve usted ningún paraguas.

EL SABLISTA. — Le advierto a usted que soy un “caballero.”

EL PRÓCER. — Si; pero precisamente los paraguas que hay son de caballero.

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

En estos días es cuando
más indicado está el uso
de los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE



Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 92.

— En mi casa, amiga mía, tenemos un verdadero lote de celebridades. ¿Ve usted aquel señor que está en la terraza? Pues es el campeón de dominó del Norte...

(De The Humorist, de Londres.)

13. — Facultad especial.

¿Dices que soy *dos-primer*a?
¡Más *dos-tercera* eres tú!
Y yo tengo mucho *todo*,
y tú eres el gran «Mambrú».

CUPÓN

correspondiente al número 94 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

8. — Consumo.

¿Que se siente en el Desierto?
ACETILENO
LIPTON

9. — Muchachas resueltas y movidas.

6 5 A
COLOR CONTRA
COLOR CONTRA
COLOR CONTRA
COLOR CONTRA
COLOR CONTRA
COLOR CONTRA
COLOR CONTRA

10. — Del padre Coloma.

ASPA AS — CERO
P 1
EN EL QUESO

11. — Para tapar un "siete".

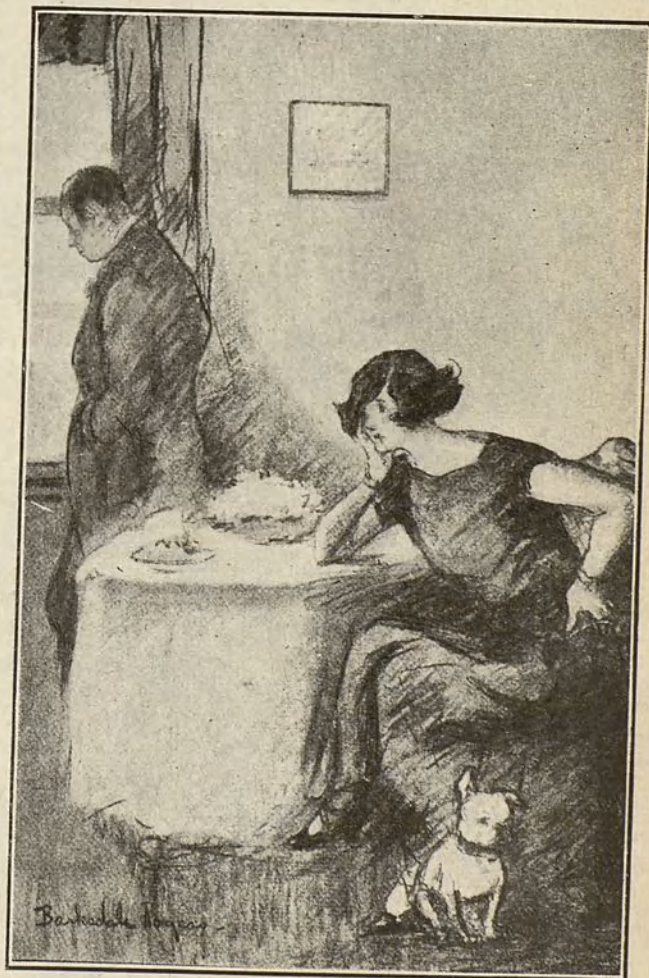
¡Pierdetiempistas!
Primeramente tomad una nota musical.
Después colocad otra nota musical dentro de una tercera nota musical también.

CUPÓN NÚM. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de septiembre.

12. — Pena.

— Trae *prima-tres-prima*.
— A estas horas no voy yo a la *segunda*.
— No me hagas caso, y verás cómo madre te *prima-dos-cuarta*.
— Tú dedícate a *prima-dos*, y calla.
— ¡Qué *todo* tener un hermano tan tercol...



LA MUJER. — Cuando nos casamos te gustaban los platos que yo preparaba...

EL MARIDO. — Es que entonces no tenía dispepsia...

(De Judge, de Nueva York.)



EL
AGUA DE COLONIA AÑEJA

no es sólo un perfume.

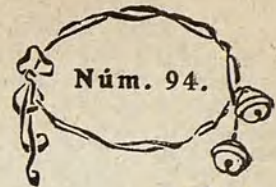
Mezclada con el agua de lavarse

es un tónico para la piel.

Frasco 2.50

PERFUMERIA GAL

MADRID



CUESTIONES DE POCO PESO EL AUTOBOMBO



Los detractores del autobombo están en baja creciente. El autobombo es hoy una cosa perfectamente legítima y universalmente admitida. Cuando oigan decir a alguien que es enemigo del autobombo, no le crean ustedes. Se trata, sencillamente, de una persona que no puede autobombearse. A nadie le amarga un dulce.

Para demostrar esta tesis, deberemos dividir la Humanidad en dos grandes grupos: el de las personas de alguna significación, y el de las personas insignificantes. Pertenecen al primero los políticos, los artistas, los aristócratas, los literatos, los lidiadores de reses más o menos bravas, en una palabra, todos cuantos poseen un nombre conocido; y forman el segundo grupo aquellos seres cuyo patronímico no encarna ningún relieve ostensible, tales como el mozo de cuerda, el camarero, la trapería, el sereno y el oficial de sastrería. Perfectamente. Los primeros se autobombean siempre que tienen ocasión y con la mayor naturalidad. El político cita diariamente a los periodistas, para ponerles al tanto de todo lo que se propone hacer o decir y que da la casualidad que nunca hace ni dice. El artista envía directamente a los periódicos noticias de sus exposiciones, previa redacción de las gacetillas correspondientes. El escritor hace lo propio con sus libros, que generalmente suelen ir acompañados de la oportuna crítica. El aristócrata remite, redactados también, los ecos de sociedad, dando cuenta de sus idas y venidas, bailes y santos, peticiones de mano y preparativos de boda. Diariamente salen de los teatros los llamados sueltos de contaduría, que luego inserta la Prensa como cosa propia, y que no son más que formidables bo-

canadas de incienso que se echan a sí mismos los empresarios, los autores y los cómicos. Y por último, los toreros, en cuanto termina la corrida — en la que casi siempre quedan a la altura del Metropolitano —, buscan ansiosamente a los corresponsales para pedirles la contraseña del periódico y telegrafiar por su cuenta, atizándose cada apología que tiemblan hasta los alamares.

Pues bien: el mozo de cuerda no puede hacer nada de esto. Y quien dice el mozo de cuerda, dice el camarero del café, el sereno, la trapería o el oficial de sastrería. Porque ¿qué podrían decir estos desventurados que interesase al público? Si hubiese algún periódico que se

atrevera a enumerar los baúles que un maletero ha transportado a la estación durante una semana, los cafés con media de arriba que ha servido un camarero en el transcurso de un mes, los pantalones que ha corcusido un oficial de sastrería en el término de un año, la cantidad de basuras que todas las mañanas recoge una trapería, o el número de puertas que todas las noches abre un sereno, se pondría, evidentemente, en ridículo. Y, sin embargo, ¿qué mayor satisfacción para los interesados que consignar estos pormenores?...

En cambio, ningún periódico considera idiota ni lección alguno se encuentra defraudado en sus intereses porque aquél publique, como interesantísima efemérides, que el delegado regio de Pósitos, pongo por caso, se propone redactar un proyecto de ley que vendrá a llenar un vacío en la legislación frumentaria — suponiendo que el delegado regio de Pósitos conozca esta palabreja —, o que el marqués de Cañafra ha salido para Burguete, donde tiene posesiones imaginarias, o que el ilustre literato don Pedro de Pérez y de Pérez ha publicado un estupendo libro de versos...

Y yo me pregunto: ¿es esto, por ventura, más interesante que los servicios prestados, dentro de su profesión, por la trapería o el sereno? ¿Acaso no son más útiles los mozos de cuerda que muchísimos escritores, y no resultan evidentemente más provechosos a la Humanidad las medias tostadas que los tomos de poesía, sobre todo ultraístas?

Pero aun hay más. Existe una tercera categoría, al margen de las dos anteriores, que lleva su immodestia al colmo de lo inconcebible. Esos ciudadanos son los comerciantes. Los comerciantes son los autobombistas más impudorosos y envanecidos que puede imaginar la deleznable sober-



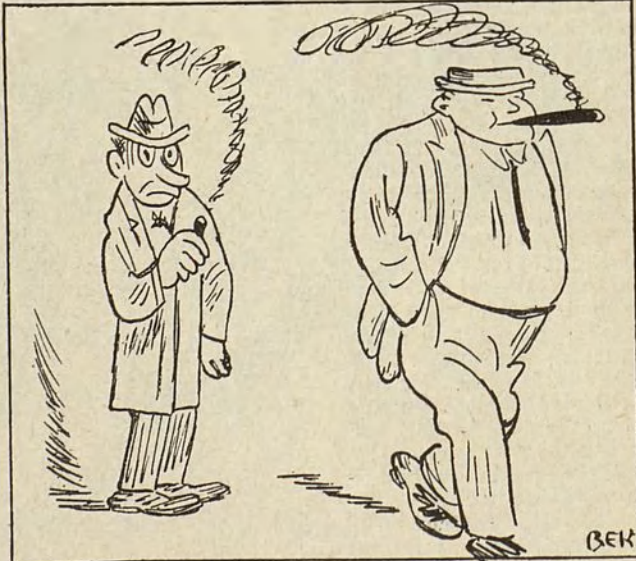
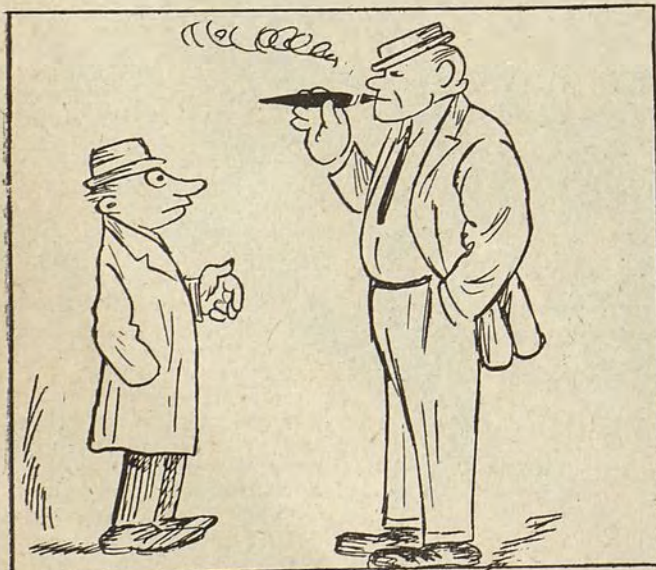
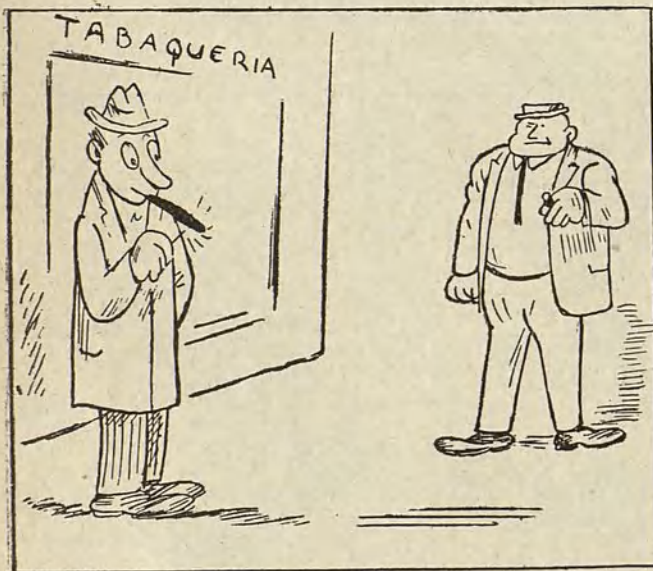
Dib. SILENO. — Madrid.

bia humana. No importa que sus autobombos pasen por las administraciones de los periódicos y tengan la categoría de anuncios. Los anuncios son también autobombos, y desde luego mucho menos inofensivos que los que se arrean los aristócratas o los toreros; porque éstos a nadie engañan con sus ditirambos, mientras que aquéllos pueden ocasionar gravísimos perjuicios recomendando la adquisición de objetos que, siendo positivamente malos, aparecen en el reclamo como excelentes... «Nadie vende más baratas las cacerolas que Fulanito...» «Nadie tiene paraguas más económicos que Menganito...» «El mejor

café, el del bar Tal...» «Los mejores li- cores, los de la taberna Cual...»
 Y llega, por ejemplo, un entierro de lujo. Se muere — y perdonen ustedes el modo de señalar — el presidente del Congreso. Las tropas cubren la carretera. Asisten el Gobierno y las Cámaras. Y van en pos del cadáver veinte coches con coronas... Pues bien: al día siguiente aparece en todos los periódicos una noticia que dice, poco más o menos: «Las coronas que figuraban ayer en el entierro del señor presidente del Congreso de los Diputados (q. e. p. d.), y que tanto llamaron la atención del público, fueron confeccionadas por la

acreditada casa García, que es la más competente en esta clase de industrias.»
 ¿Hay derecho a esto? Creo que no. Y lo creo, porque la misma razón que la casa García tiene para elogiar públicamente sus coronas, tendría yo para elogiar mis versos y decir: «Los sonetos que ayer aparecieron en la popular revista *Blanco y Negro*, y que tanto éxito han obtenido entre los lectores, eran, como éstos podrían ver, del morrocotudo y formidable poeta Marciano Zurita, que en eso de hacer sonetos no admite competencia posible...»

MARCIANO ZURITA



UN ABUSO DE CONFIANZA

Dib. BERGSTROM. — Estocolmo.

NUEVOS DISPARATES

del obituario de los que tenían menos chalecos que nosotros.

EL SACRISTÁN EXTRAORDINARIO

Era sacristán de catedral y tenía, por tanto, las cañas más largas para encender en las grandes solemnidades las arañas que cuelgan en las linternas. ¡Cómo envidiaban aquellas inauditas cañas los pescadores!

Era un granuja el tal sacristán, y como granuja máximo se le ocurrió un día subir a lo alto de la catedral, y con la más larga de las cañas apagavelas, apagar las estrellas de la ciudad. ¡Nunca lo hubiera hecho! ¡La que se armó! Entonces se vió lo que alumbraban las estrellas y lo importantes que eran para la salud, pues brotó una epidemia rara en la ciudad, debida a su falta de estrellas; falta irreparable, pues fué en vano que intentara reanimarlas con la caña gemela, la caña encendedora, y no por nada, sino porque no daba con ellas, porque no las acertaba en el cielo oscurísimo.

LA CASA LLENA DE POLILLA

Estaba completamente plagada de polilla aquella casa, y temiendo sus estragos se metieron todas las ropas en sendos papeles.

Toda la casa metía ruido de papel, y eso corrompía todo silencio.

La polilla buscaba en vano trajes o mantas estables. Nada. Imposible. No había en las perchas nada más que lo de uso.

La polilla entonces llegó a estar hambrienta, tan hambrienta, que tuvo que recurrir a las telas de araña, y, por fin, a la «tela de juicio».

LOS PISOS DE LABOR

En vista de la carestía de las subsistencias, y de que las verduras están tan caras en los barrios centrales de la ciudad, aquel modesto empleado inventó lo que llamaba «los pisos de labor».

Levantó los ladrillos, y aparecieron esos recuadros de huerta en que han quedado grabados sobre el polvo los cuadriláteros de las baldosas.

Sembró patatas, y con la jarra del lavabo se dedicó a regar su jardín privado, jardín de gabinete, huerta de los pasillos.

Florecieron. Estaban rozagantes. Hasta había un sano perfume en toda la casa. «¡Cuando las recolectemos...! ¡Qué ricos van a estar!... ¡Qué finas van a ser por haber sido criadas en una casa distinguida», decía el inventor.

— ¿Las sacamos hoy? — preguntaba todos los días Juanito a su papá.

— Hoy — dijo por fin el modesto empleado.

Y escarbaron en el suelo, escarbaron y no encontraron las patatas. ¿Qué había sucedido?...

Que habían crecido tan profundas, que habían nacido en el techo del vecino, y éste las había recolectado y se las había ido comiendo fritas, porque eran exquisitas para fritas.

LOS CHALECOS

Los chalecos se reproducen solos, con sólo estar mucho tiempo en los armarios.

¿Teníamos diez y seis? Pues el año que viene, contando con el nuevo chaleco de invierno, tendremos veinticuatro. ¿Cómo?

Es una progresión misteriosa que en vano intentaremos comprender. Por mucho que meditemos frente a ese chaleco, que podríamos llamar *convulso* por su dibujo en zizás nerviosos, no recordaremos ni remotamente haber usado un traje de ese tipo. ¡Pues no hubiera faltado más! ¡Hubiéramos quedado en ridículo para siempre!

Pues ¿y ese otro con lunares morados? Ese es tan inconcebible como chaleco que no puede ser concebido el traje que le acompañó en su vida activa.

Todo desaparece menos los chalecos recalcitrantes, como bandas de grandes cruces, y que no nos atrevemos a tirar por una oscura superstición, por la que los creemos algo así como los chalecos salvavidas que nos han mantenido a flote, resistentes e indemnes en medio

LA VIDA PRIVADA DEL RELOJ

Voy a hacer un ensayo sobre la vida privada del reloj. Se comete una injusticia notoria al no llamarme a mí ensayista. Pero allá con su conciencia los que no me lo llamen, que a mí lo mismo me da, aunque el porvenir no me lo llame tampoco.

El reloj tiene una vida privada misteriosa, que no tiene la regularidad que se suele sospechar. El reloj, cuando está a solas en el bolsillo, juega a la ruleta, hace apuestas consigo mismo, da vueltas vertiginosas, haciéndose las muertas las dos manillas.

Piensa sus cosas particulares; se cruza de piernas, poniéndose para eso en las seis y media; se despereza, colocándose a las diez y diez para lograrlo; se duerme y adopta la posición más cómoda tomando la postura de las nueve y cuarto; echa los pies por alto a las nueve en punto. Todo esto sin que sean esas horas arbitrarias que él elige para su comodidad, aprovechándose de la ausencia de las miradas, volviendo a su antigua posición cuando el dueño le saca inesperadamente.

El reloj tiene inquietudes. Excita a que le saquen, y por eso nos preguntamos muchas veces: «Pero ¿para qué he sacado yo el reloj?».

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.



Dib. GARRÁN
Madrid.

CONTRASTE

— ¡Caray, y qué limpias llevas las herramientas!

— Ya sabes que cuanto más sucio es el negocio, mayor limpieza requiere.

NUESTRAS ARTISTAS DIBUJAN Y ESCRIBEN

UN ARTÍCULO DE CONSUELO HIDALGO ILUSTRADO POR ELLA MISMA



HABLAR POR HABLAR

Como todos los oradores que se llevan *embotellado* un discurso para soltarle en un banquete a la hora trágica de los brindis empiezan diciendo «Yo no soy orador», yo creo que debo hacer constar que «no soy escritora».

No soy escritora..., y, sin embargo, ante mí tengo un montón de cuartillas en blanco, en las que yo tengo forzosamente que poner algunas ideas... o algo por el estilo, para BUEN HUMOR. ¡Cuidado que son ganas de molestarla a una! Tanto más cuanto que yo soy una infeliz, una pobre criatura que no tiene una mala idea.

¿De qué voy a hablarles yo, que no sé nada de literatura? ¿De mi vida? ¡Si ya la conocen ustedes de sobra! Además, que no faltaría quien me criticara, pensando que aun tenía poco con todo lo que de mí se ha dicho y escrito para necesitar autobombearme. ¡No; decididamente no hablo de mí! Busquemos otro tema...

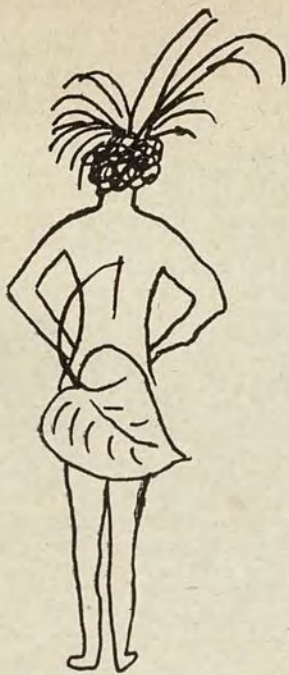
¡Ah! Ya está: el amor. Sí; del amor se puede decir mucho, y yo de eso sé algo. Pero... ¿no incurriré en una vulgar repetición si del niño ciego de las flechas — ¡anda, qué cursilota me he puesto! — hablo? Porque es que del amor ya se ha dicho todo lo que decirse puede, en prosa, en verso y hasta con música. Decididamente, tampoco hablo del amor.

¿Qué me queda? El arte. Claro que, siendo yo artista, debía saber mucho de esta materia. No lo crean ustedes. Sin embargo, ya ven: también soy *estrella*, y apenas tengo unas vagas nociones de astronomía. A pesar todo, yo les diría algo del teatro contemporáneo, de cómo se deben interpretar las obras y caracterizar los tipos; claro que recomendando siempre aquello de «ffjate en lo que digo, no en lo que

Consuelo Hidalgo... ¿Decimos alguna cosa?...

Aquí está Consuelito, la que empezó cantando zarzuelas, siguió representando operetas, continuó haciendo revistas, se decidió a entonar cuplés y va a acabar hablando comedias... La artista bonita, simpática e inteligente que lo hace todo, ha trazado estos monos y ha escrito este artículo para BUEN HUMOR.

Como el lector puede ver, su fama de mujer excepcional no se desmiente.



De casa Paquín.

hago». Ahora, que ¡hay ya tanto crítico en los periódicos! Mi erudición artística resultaría ridícula, contrahecha... Prefiero callarme mi opinión sobre cosa tan delicada.

No obstante, escribiré sobre la moda, pues quiero mandar unas cuartillas para no quedar mal. En esto de la moda sí que puedo exhibirme — y que me perdone María de Munárriz — a mi gusto. ¿Quieren ustedes que discutamos sobre el largo de las faldas, el tamaño de los escotes o la longitud que deben alcanzar las mangas? Porque en esto tengo una gran erudición desde que he visto las modas del siglo pasado en *La montería* y el traje de *soirée* que usaba mamáita Eva para conquistar a papá Adán en algunos cuadros de *Cri-Cri*.

Pero tampoco este tema va a pecar de excesivamente ameno, sobre todo para los hombres. ¿De qué escribiré entonces? ¡Ay, qué lata esto de tener que ser literata siendo nada más que artista!...

En vista de que no quiero decir más tontadas y de que no se me ocurre nada..., ¿les parece a ustedes que lo deje y firme?...

CONSUELO HIDALGO

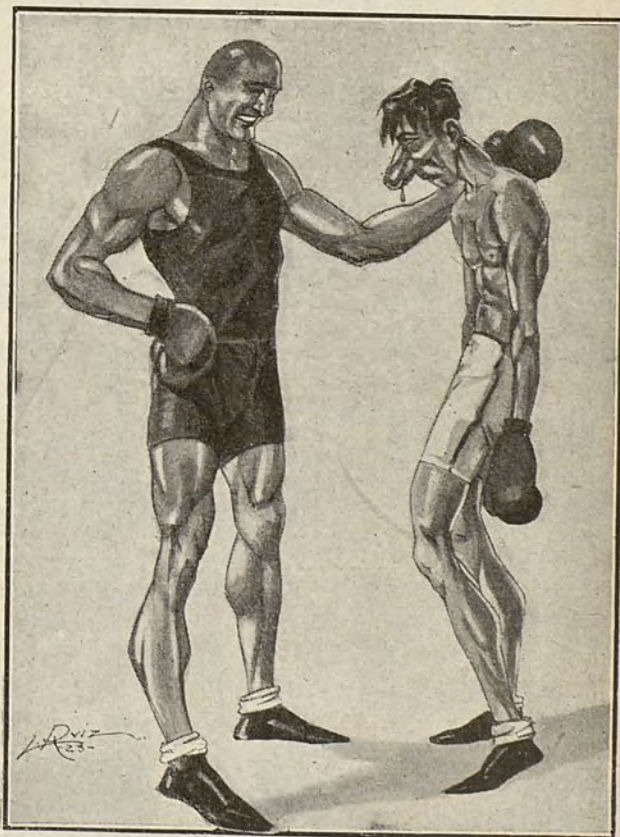


El traje de mi abuela.



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— Lucila y Cristóbal han vuelto a arreglarse después de su disgusto.
— Yo creo que no durará mucho ese arreglo, porque van a casarse dentro de poco.



Dib. Ruiz. — Madrid.

— ¿Es la primera vez que boxeas?
— Sí; y fijate cómo me ha puesto la nariz. ¡Qué bruto! En mi vida me las he visto más gordas.

YO, HÉROE DE NOVELA

Lector, hoy voy a hablar de mí. Perdona, hijo. No es que me sienta atacado de egolatría, no. Antes que hablar de mí mismo, prefiero hacerlo de Salvatella; pero hay ocasiones en la vida en que al hombre le quedan dos únicos caminos: abdicar de sus ideas, o hacer el piel roja. Opto, pues, por lo primero. Y ahí va esa mosca, que dijo Luis XVI.

He de confesar que no soy nada novelesco. Mi vida se desliza con una tranquilidad de oasis. Aparte de las funciones orgánicas comunes a todos los humanos, me he limitado siempre a pasear, a divertirme y a escribir. Comprendo que esto no es mucho hacer; pero menos hace la Comisión de los veintiuno, y nadie protesta. Claro que en el capítulo de diversiones van incluidas una porción de cosas susceptibles de interés novelesco; pero si tuviera que escribir una novela con los incidentes de mi vida, el libro iba a resultar más aburrido que una recepción en la Academia de Ciencias Morales. Pues bien: esta paz de claustro carmelita ha sido turbada hace unos meses. Ya no puedo vivir sosegadamente; me ocurren una porción de cosas extrañas. ¿Por qué? Ahí va la explicación en cuatro segundos.

El novelista José María Carretero, *El Caballero Audaz*, comenzó tiempo atrás a planear una novela. Adivino lo sucedido con esta agilidad mental que Dios me ha dado, a cambio de unas narices que son el tubo de la risa. Carretero empezó a buscar un apellido que le satisficiera para adjudicárselo al protagonista de su historia. Esto de encontrar un apellido *que esté bien* es una cosa muy seria. El novelista clavó su

vista en el techo de su despacho, succionó ligeramente el mango de la pluma, y de pronto sonrió con regocijo. ¡Había hallado el apellido que buscaba! Y ese apellido era el mío: Jardiel. Y Jardiel se llamó el protagonista de la novela *Hombre de amor*.

Todo ello no podía acabar ahí. El hallazgo era estupendo; no porque sea mío voy a negar lo bonito que es ese apellido. Y entendiéndolo así, *El Caballero Audaz* hizo a Jardiel protagonista de otras dos novelas: *Un hombre extraño*, tiempo atrás publicada, y *El jefe político*, recién aparecida.

Y ahora viene lo terrible. En el Universo apenas hay seis o siete Jardiel, todos parientes (1). Todos, menos yo, pasan de los cincuenta años de edad. El protagonista de Carretero es joven: así se explica que todo el mundo me mire a mí como héroe novelesco.

¡Nada de chufas! Me he convertido en un héroe de novela. Antes hablé de la paz de mi vida. ¡Sí, sí! Paz... Hoy día mi vida es un lío muy grande.

Diariamente me visitan ocho o diez señoras y señoritas. Todas dicen lo mismo, aproximadamente:

— He leído el libro de su vida, y quería conocerle personalmente... ¡Qué bien le describe a usted *El Caballero Audaz*!

Y luego añaden, indefectiblemente: — Pero me había figurado a usted más alto...

Esta frase, frecuentemente repetida, va minando mi organismo.

(1) Apunto este hecho para que los hombres futuros, cuando vayan a hacer mi biografía, encuentren una base sólida sobre la que asentar su trabajo. En casa somos así.

Yo soy bajo, tan bajo como Linares Becerra, y hasta ahora había vivido conforme con mi estatura. Hasta creía encontrar beneficios en ella, porque nadie más que yo cabe por las gateras y puede esconderse detrás de una caja de sobres.

Pero hoy... ¡Cuántas lágrimas vertidas, qué horas tan llenas de torturas!... Las damas que, atraídas por mi popularidad novelesca, vienen a casa, se van desilusionadísimas...

Una, bastante chula, me miró de arriba abajo y me dijo:

— Yo creí que era usted robusto y demás. Pero hijo, la verdad, no me gusta usted, porque yo no colecciono boquillas...

Por la calle me detienen señores desconocidos.

— ¿Usted es Jardiel?

— Para toda la vida, sí, señor.

Y me lanzan esta pregunta terrible:

— ¿Y qué hazañas va usted a llevar a cabo en el próximo libro de Carretero? Yo me quedo con la boca abierta. A veces me aconsejan:

— Debía usted robar una monja: es de mucho efecto. Y debía liarse con una bailarina rusa: también eso hace muy bien.

Inclino la cabeza y respondo:

— Sí, sí; haré todo lo que usted quiera...

A veces voy a la verbena y doy una vuelta en los caballitos. Un día se me acercó el empleado:

— Perdóne usted. No suba a ese cerdo.

— ¿Por qué?

— Es poco serio. Usted es un héroe de novela. Al señor Carretero le parecerá mal que dé usted vueltas en los caballitos...

En cuanto me presentan a un señor, este señor exclama, acordándose de las novelas leídas:

— ¡Qué suerte la suya para hacer conquistas!

Y yo, que no quiero dejar mal al novelista, hago un gesto de cansancio y replico:

— ¡Uf! No lo sabe usted bien... Las mujeres me asedian. Si le hacen falta, puedo cederle una tobillera rubia o una viuda de San Felú de Guixols...

Es horrible. Aun no conozco el último libro de Carretero, del que soy el protagonista, y me pregunto con espanto qué haré yo en esas cuatrocientas páginas.

¿Me haré legionario? ¿Me haré cura? No sé, no sé... La duda, la terrible duda me agarrota, como al león de Albrit.

Y luego, esa diferencia de estatura entre el protagonista de las novelas y yo...

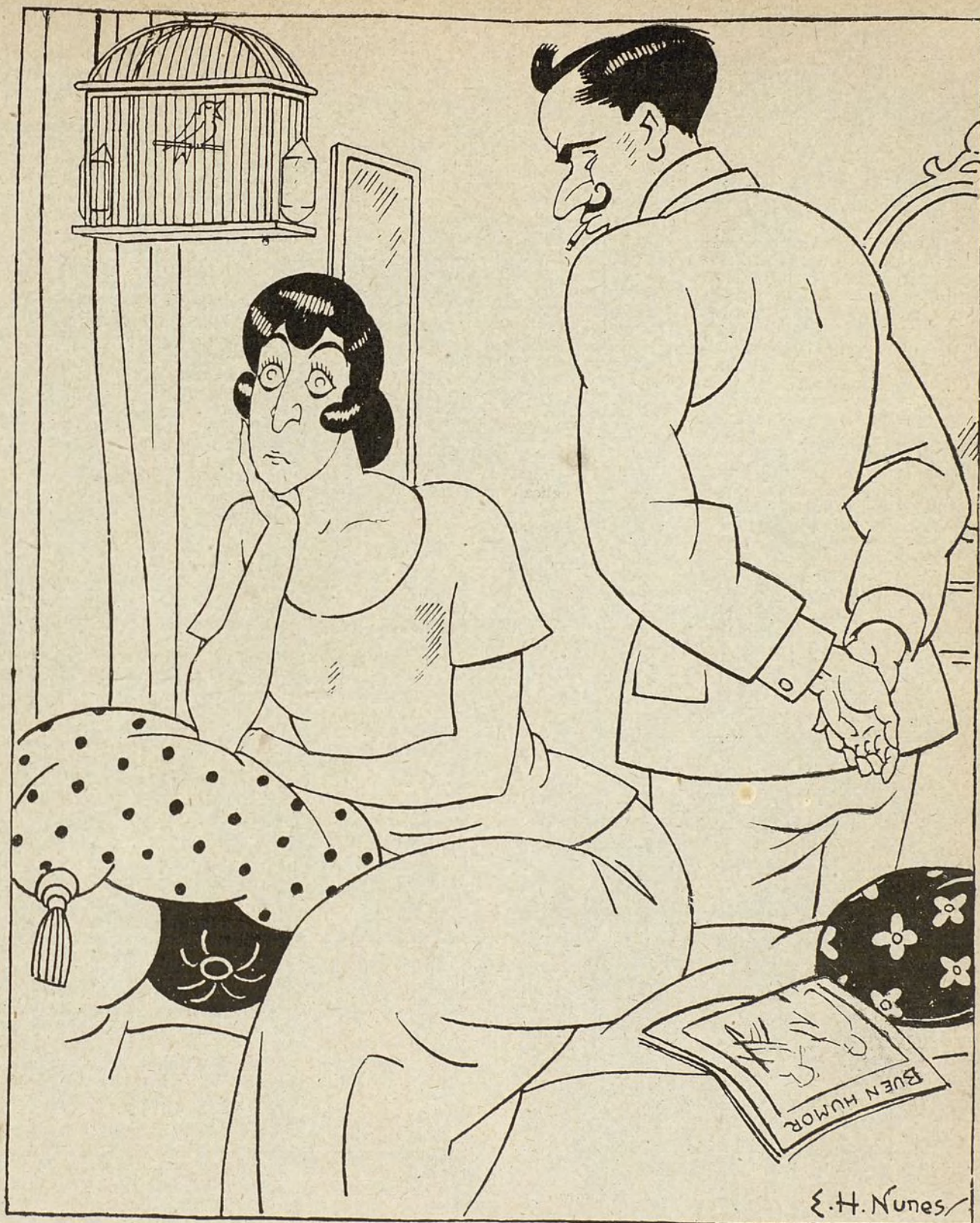
Señor Carretero, una súplica: haga usted más bajo a su héroe, o mándeme una receta para crecer. Le juro que se lo pido con mucha necesidad...



UN CERDO. — ¡So
idiota, no comas
eso! ¿No sabes que
no se han hecho
margaritas para
puercos?

Dib. ELÍAS DÍAZ.— Gijón.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. NUNES. — Cruz Quebrada (Portugal).

ELLA. — Esta es la tercera vez que reñimos en lo que va de semana... ¡Con lo a gusto que podíamos vivir juntos si hubieras continuado con tu empleo de viajante!...

EL BUEN HUMOR DE LOS ALEMANES

DOS SUCESOS EXTRAORDINARIOS

I

Otto van Tress, empleado del Banco Anglochinoburgalés, de Berlín, tenía roto el pantalón por un sitio demasiado panorámico. Varias veces sus jefes hubieron de advertirle que, de continuar la funesta exhibición de tan impertinentes paisajes (que ponían espantos y estupores en las señoritas mecanógrafas de la oficina), se verían precisados a dejarle cesante, por cuya razón le aconsejaban, antes de tomar esa medida, que Otto se tomase la medida de un nuevo pantalón, pues se daba el triste caso de que Otto no tenía *otro*, a pesar de estarle haciendo una falta de las más locas.

Otto, obediente sobre todo, y comprendiendo que con aquellos pantalones, además de estar en Berlín estaba en berlina, se encaminó a casa de un sastre acreditado, cuyo rótulo, *El Corte Fino*, había llamado muchas veces su atención. Allí se encargó un soberbio traje de cuadros, por el cual le pidió un millón de marcos el caballero sastre, es decir, unos veinte marcos por cada cuadro, cosa jamás vista ni en los más célebres Museos de pintura. Otto, que era algo tímido, y que al pisar *El Corte Fino* se cortó un poco, cobró luego ánimos y se hizo el traje sin vacilar. El que no cobró ánimos ni pudo cobrar el traje fué el desgraciado industrial, que, después de entregar el terno a Otto, tuvo que seguir soltando ternos a la puerta de su domicilio, sin conseguir que la factura fuese estimada en su justo valor. Otto (jesto es muy alemán!), al po-

nerse el traje le vió tan elegante, que le dió lástima de gastarle, y, en consecuencia, mandó a su portera que le cosiese fuertemente el pantalón viejo, para que, una vez tapadas las grietas más trágicas, le sirviera un par de años más sin asustar a mecanógrafas ni dar envidia a jefes de negociado. El sastre, al enterarse de que Otto no se ponía el traje más que el día de Navidad, y que el resto del año lo tenía amorosamente envuelto en paños alcanforados, reflexionó filosóficamente que todo no estaba perdido y que el traje podía volver a su poder con sólo denunciar al moroso. Y le denunció.

Pero Otto era un héroe, y molestísimo por aquella falta de consideración, meditó una venganza, y buscó un procedimiento delicado para hacer la cusca al sastre.

Y fué el siguiente:

Un martes de Carnaval mezcló en la sopa un kilo de pastillas de sublimado corrosivo y se lo sorbió como quien lava en el Manzanares. Excusado es decir que Otto no siguió figurando en el censo de población de Berlín ni un minuto más; pero antes de fallecer había tenido la precaución de dejar escritas unas cuantas disposiciones testamentarias y últimas voluntades, de las cuales la principal decía así:

«Es mi deseo que se me amortaje y dé cristiana sepultura con el soberbio traje de cuadros que me habían hecho hace poco.»

Pero el sastre no se conformó con el choteo de Otto, y respondió a su funes-

ta resolución con otro acto tan épico como aquél. Reunió sus ahorros, compró un revólver en el rastro de Berlín, se pegó un formidable tiro en la poca cabeza que tenía, y tuvo la humorada de dejar también escrita la siguiente disposición:

«Exijo que nos entierren juntos a Otto van Tress y a este humilde servidor. De esta manera, el trajecito no lo estropeará él solo.»

II

Pomona Kummel y Fritz Mayer, distinguido músico que tocaba varios instrumentos en un *jazz-band* famoso en Munich, eran novios.

Pero Pomona no quería a Fritz, y hablaba con él por pasar el rato. Fritz era feo y Pomona bastante agraciada, y esto explica que ella se diese pisto y le tratase con la punta de la bota y a veces con el tacón. Un día le dijo:

— ¡Fritz, eres una indecente mula!

Fritz palideció; pero se recobró en seguida, y al día siguiente, y de un modo repentino, pidió la mano de Pomona. Esta, que no confiaba en casarse de una manera tan sencilla, recibió la noticia con entusiasmo y dijo que para luego era tarde. En Alemania, las muchachas que se casan con un Fritz, se dice que se *fritzionan*. Pomona, por tanto, se *fritzionó*, o lo que es lo mismo, la boda tuvo efecto a los tres días.

Al quedarse solos los novísimos esposos, después de la ceremonia, la comida y el baile (amenizado por el *jazz-band* de Fritz), Pomona, un poco ruborosa, se preparó a hacer los honores de la cámara nupcial; pero Fritz se echó a reír y le dijo:

— ¡Como tengas gana de dormir, te vas a divertir en gordol...

— ¡No te entiendo, Fritz!

— ¡Pues que pienso pasarme toda la noche tocando el acordeón!... ¡Tú me dijiste un día que era una mula, y me he casado contigo para fastidiarte!... ¡Hoy tocaré el acordeón para que no duermas; mañana tocaré la ocarina para que no duermas tampoco; pasado tocaré el violoncello para que sigas sin dormir, y el domingo que viene compraré un gramófono para que continúes también desvelada!

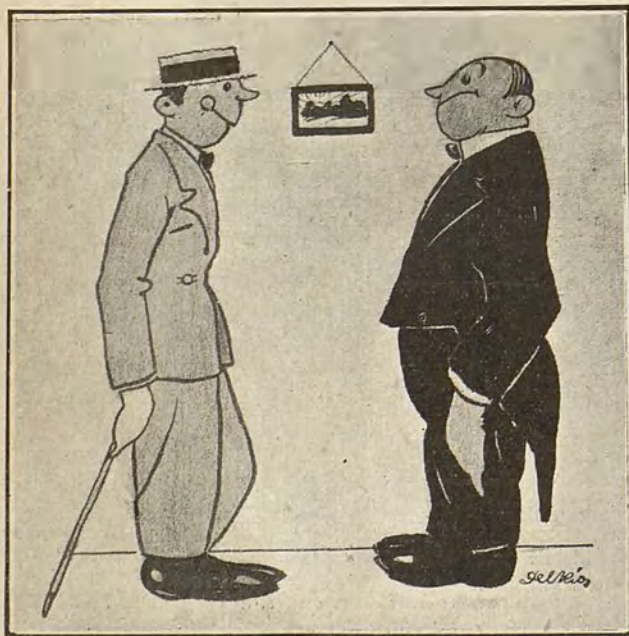
— ¡Por tu madre, Fritz! — exclamó Pomona, aterrada ante tan risueña perspectiva —. ¡Considera que caeré enferma!

— ¡Ah, bueno! ¡El día que estés enferma, traeré una banda militar!...

Y Fritz, al considerar que Pomona estaba definitivamente hecha la santísima, ahogó los gritos desesperados de ella con el siguiente alarido mefistofélico:

— ¡Vivan Wágner y el maestro Guerrero, que son los que te van a enseñar a ti a no llamar mulas a las personas decentes!...

ERNESTO POLO



Dib. DEL RÍO
Barcelona.

— Señorito, ha venido un hombre que ha dicho que quería masticarle la nuez...

— ¿Sí?... ¿Y qué le has contestado?

— Pues que sentía mucho que no estuviera usted, y que volviera más tarde...

EL FABRICANTE DE PLAYAS

LLUVIARRITZ

— ¿Al Sardinero o a la Concha?
 — Ni a la Concha ni al Sardinero: a Lluviarritz.
 — ¿Cómo ha dicho usted? ¿Lluviarritz?
 — Sí, señor. Lluviarritz, Lluviarritz.
 — La verdad..., no conozco eso. ¿Hacia dónde cae Lluviarritz?
 — Lluviarritz no existe.
 — ¡Ah!...
 — No existe en el mapa; pero será dentro de unos años la playa ideal, la gran playa de moda, la reina de las playas del Cantábrico. Ahora estoy fabricándola. Porque yo soy — tengo, al fin, que decirselo... —, yo soy fabricante de playas.
 — ¡Ah!...

Mi extraño compañero de viaje guardó silencio por un momento, envuelto en la aromática humareda de un soberbio veguero de multimillonario, con que casi tropezaba en mis narices. Después, jugueteando señorilmente con su monóculo, prosiguió:

— Sí; hay que hacer lo que llamaremos la playa integral, ¿usted me comprende?, la playa en que el veraneante o el invernante encuentre juntos, eclécticamente reunidos, los atractivos y ventajas de todas las demás playas conocidas en el país. Así, por ejemplo, aquí, en España, Lluviarritz, asumiendo las principales características de sus similares en el Cantábrico, tendrá el chubasco bilbaino y el calabobos santanderino, donostiarra y astur; tendrá la pulga easonense (la pulga donosamente recordatoria del martirio de San Sebastián); tendrá — ¿cómo no? — la galerna gascona; tendrá el palacio magdaleno; tendrá el aerocarril y el funicular; tendrá el contrabando de sederías, el cochero intratable y el hospedero abusivo, la pelota y el dialecto; tendrá una Semana Grande de tres meses, y un Gran Hotel donde se hablarán todas las lenguas, incluso la nacional, y en que habrá tés danzantes a diario, comidas bailadas y sobremesas parlamentarias, música negra y sábados blancos o verdiblancos, brillantes juergas caritativas e importantes ferias de muestras universales de las profesionales del vaivén y los virtuosos del vicio; tendrá un Gran Casino ultramonegasco, con pensiones para viudas y huérfanos y unas cabinas elegantemente montadas, donde los perdidosos podrán ocupar el sillón eléctrico, administrarse la sobredosis de morfina o atizarse el vaso de leche traída ex profeso de las expendedorías madrileñas...

»Con todos estos elementos — bien lo comprenderá usted —, Lluviarritz será única, se colocará fuera de toda competencia y reunirá en sí la población vera-

neante de las playas cántabras todas. Los amigos del Sardinero y los amantes de la Concha vendrán a darse la mano, reconciliados, en Lluviarritz.

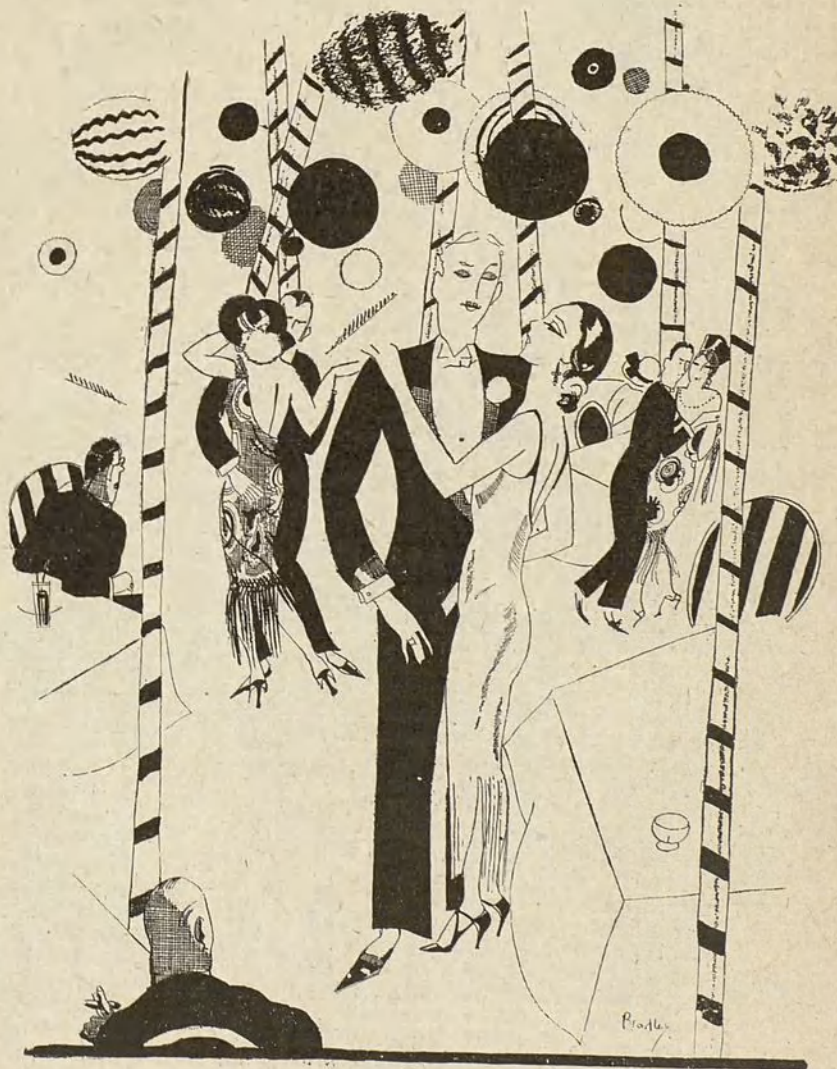
»Pero mi empeño llega a más. Entiendo yo que las estaciones veraniegas marítimas, si han de cumplir su cometido balneoterápico de una manera plena, deben ser a la vez lo que los franceses denominan «villas de aguas».

»Y esto también haré de Lluviarritz, pues no me basta el público de las playas. Lluviarritz será la villa de aguas por excelencia; no en balde se llama

como se llama. Tendrá, pues, Lluviarritz aguas marítimas, aguas estantías, manantías y correntías; aguas para el riñón, para el hígado, para el bazo; aguas para toda clase de males, para los que no tienen mal ninguno y para los que no saben qué mal tienen; aguas fabricadas en el manantial expresamente y premiadas en todas las exposiciones que celebraré al efecto.

»Pero además..., además, Lluviarritz — y he aquí lo más importante — tendrá la exclusiva para la curación de una enfermedad totalmente nueva, absolutamente desconocida, que en tiempo oportuno lanzaré al mercado mundial y pondrán de moda entre los *snoobs* y los *parvenus*.

»Monikako, un insectómano japonés que asocié a mi empresa, ha obtenido,



Dib. BRADLEY. — Madrid.

— ¿Cómo vas sin corsé? ¿No sabes que es muy malo bailar con el vientre suelto?



Dib. LINAGE. — Madrid.

— ¿Tu señorito vive con opulencia?

— ¡Quía, no! ¡Vive con su suegra!...

después de pacientísimos trabajos y de mil y un ensayos estériles, lo que él llama la *mildosina*, secreción o suero que la picadura de cierto insecto de las islas Kuriles produce en el occipucio de las marmotas, y que, inyectada a la especie humana, origina la enfermedad a que me refiero.

»Esta enfermedad es, según Monikako, absolutamente ecdémica, esto es, no contagiosa, y habrá, por tanto, que ir a adquirirla a las boticas.

»Como sólo podrán costearse las personas acomodadas, y además no es nada molesta, no quedará persona regularmente acomodada que no la adquiera. Adquirirla resultará tan de buen tono como de gente de poco pelo el no hacerlo. No se podrá ser *bien* sin estar mal, ¿usted comprende? Existiendo la *mildosina*, estaría mal estar bien... ¡Oh amigo mió!... La venta de las ampollas monikakescas será el negocio más fabuloso de cuantos pueda haber memoria.

»Y luego, ¡ah!, luego, naturalmente, hay que hacer la cura de aguas lluvia-rrota, la única eficaz — no debe olvidarse — para los mildosinados.

»Y después, al regreso de Lluviarritz — ¡no faltaba más! —, otra vez las ampollas de *mildosina*... ¡Oh, qué negocio, qué negocio, mi amigo!»

El fabricante de playas calló, y entornó los ojos ensoñadoramente. ¿Estaba loco aquel buen señor? Indudablemente, sí, estaba loco; pero decía cosas muy cuerdas.

MANUEL GALÁN

Salinas de Medina del Campo, agosto.

MODAS FRESCAS

por JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

«¿Quieres, Paz, mi opinión sobre el escote que en los trajes de seda o de batista durante los calores asfixiantes, a Dios gracias, lleváis las señoritas?

Suprimidos los cuellos, porque estorban; suprimidas las mangas, porque abrigan; suprimidos los forros, porque abultan, y tal vez en desuso la camisa, queda un traje tan lindo que subyuga, queda un traje tan fresco que constipa, delator de variadas prominencias que marean, o encantan..., o dan risa.

Blancas hembras se ven que en el escote manifiestan su piel alabastrina, mientras otras, morenas, van luciendo jamoncito sabroso en lonchas ricas.

Las hay que tras la espléndida abertura presentan sin recato a nuestra vista varios kilos de carne... bien pesados, y, en cambio, vemos otras (¡pobrecillas!) que enseñan bajo el cuello una alpargarta, y a modo de bracitos (¡hijas mías!) dos cuerdas muy tirantes de bandurria o un par, todo lo más, de banderillas.

Hay damas pudorosas que descubren apenas dos centímetros de chicha,

y, en cambio, vemos otras cuyo escote les llega casi casi a las rodillas.

No niego que en algunas lo que ocultan esté falsificado; pero hay chicas que no pueden negar lo que atesoran..., y lo exhiben adrede las muy pícaras.

Bien puede comprender quien esto lea que no aludo en mis frases correctísimas ni al pie, ni a las narices, ni al cogote, ni a la honrada y modesta corcusilla.

Lo aludido en el breve comentario con que cumplo tu encargo en estas líneas, es algo superior, que va en parejas, cual los guardias civiles y las ligas, y abulta... lo que quiere Dios que abulte, y revela temblor de gelatina, y si corre su dueña sin un *dique*...

(yo lo quiero llamar *paracaídas*), no se puede mirar sin sentir vértigos... (a no ser que se trate de esas ninfas que ostentan en el frente, despechadas, en vez de prominencias, hornacinas).

Nada más se me ocurre, Paz amable, respecto de esa moda fresca y linda de la época estival. ¡Qué gran persona sería el inventor!... ¡Dios le bendiga!»

LAS COSAS DE LOS TEATROS

UNA LECTURA "EN RUTA"

Un actor a quien no nombramos por habernos ya ocupado recientemente de él en estas columnas, es el protagonista de la historia. Otro personaje importante es un autor novel, con tipo de bohemio de Murger: barba rubia, chambergo de alas inmensas y una cachimba descomunal...

El autor novel perseguía encarnizadamente al cómico:

— Tiene usted que leer mi comedia. Lleva dentro cincuenta mil duros. Yo le di una obra, y me dijo usted que no le convenía y que le diese otra. Aquí la tiene usted.

— Es cierto; pero le aseguro que si le dije que me diese la segunda, fué porque yo creía que no hubiera usted escrito más que una...

— Pues tengo en casa noventa y tres actos. ¿Cuándo vamos a leer esta comedia?

Llegó el tipo de Murger a convertirse en sombra negra del artista. En cafés, en paseos, en su casa, en los teatros, en todos sitios aparecía el autor novel, comedia en ristre y dispuesto a acometer a su víctima.

Una vez no pudo ya desprenderse el cómico de su feroz perseguidor.

— Mañana se marcha usted, y esta noche le leo la producción.

No hubo medio humano de evitarlo. La lectura quedó concertada para la noche y en una *borrachería* popular de Madrid.

El actor, dedicado a vengarse, reclutó en todas partes oyentes de la comedia.

Cómicos, médicos, periodistas, toreros, camareras, tanguistas, a cuantos encontró al paso requirió para que le acompañasen. Era aquello un verdadero mitin.

Dió comienzo la lectura, y con ello la algarazara más extraordinaria.

Las camareras opinaban en alta voz:

— Esto es una tontería.

— A mí lo que no me gusta es que un personaje se llame Pérez. Si lo vuelve usted a nombrar, dígame otro apellido.

El autor continuaba impetérro la lectura entre siseos, carcajadas mal contenidas y otras pruebas de mala educación. Alguno de los oyentes, para terminar el espectáculo, fingió un ataque de nervios, y hubo que auxiliarle y con ello suspender la lectura.

Una de las camareras aprovechó la interrupción para fingirse enamorada del infeliz dramaturgo, y puso como premio a la concesión de determinados favores el sacrificio de las barbas, que tanto carácter daban al escritor. Y cayeron las barbas bajo la rápida acción de unas tijeras sabiamente manejadas. Otra señorita obtuvo del mismo individuo, a cambio de un tierno ósculo, el rapado absoluto del bigote.

Unos se mofaron; otro desafió al comediógrafo. Todos pusieron especial empeño en que la víctima lo fuera hasta el final, y se las ingeniaron para que pagase la factura de lo que se había consumido...

El cómico se reía *hasta rajarse*. Juega como aquélla no la había presenciado en su vida; aquello quedaría en los anales de la farándula.

El autor, embriagado, tonsurado, sin dinero y sin leer la comedia, retiróse bien de mañana a su domicilio...



Aquella tarde salían para una provincia del Norte el actor y su compañía. Casi todos los compinches de la noche anterior acudieron a la estación para despedirle.

— ¡Cómo nos divertimos!

— ¡Yo no pienso reírme más en mi vida!

— ¡Qué bien estuvo todo!

De pronto, cuando menos se esperaba, apareció el comediógrafo. Hubo una carcajada general.

El autor aproximóse al artista:

— Mire usted. Aquí traigo tres cosas: la comedia, un billete de primera hasta donde usted va... y esta pistola. En cuanto arranque el tren, comenzaremos la lectura. Ni una palabra más, porque estoy decidido a todo.

Arrancó el tren, y cuando apenas iba por el puente de los Franceses, el pintoresco personaje de Murger, acariciando la culata de la pistola y abriendo el libreto, dijo así:

— *Lo inevitable*; comedia. Acto primero.

Garantizamos la autenticidad del suceso. ¿Verdad, D. Emilio Díaz?

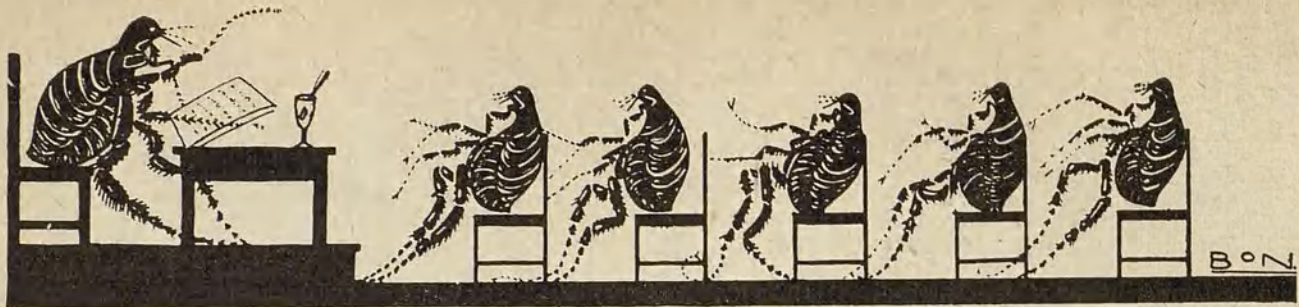
JOSÉ L. MAYRAL



UN PREGÓN EN VALDEMOSTILLO

Dib. ESPINOSA. — Madrid.

— *Respetable público: De orden del alcalde, en vista de la poca consumación de carne que hay en este pueblo, y que si se mata una vaca se pudre cuasi toda, desde mañana sólo se matará media vaca...*



MEMORIAS DE UNA PULGA

NOVELA, POR J. SAN GERMÁN OCAÑA. — ILUSTRACIONES DE BON

(CONCLUSIÓN)

La presidencia advirtió en seguida que, para ejecutar la conclusión quinta, todos los presentes en la Asamblea, como una sola pulga, teníamos que ir a formular una enérgica protesta contra un hecho vandálico que escarnecía nuestros prestigios. Se había recibido la denuncia de que en un café-concierto de la calle de Jardines, cierta tonadillera se permitía cantar una cancioncilla que denominaba *La pulga*. Mil doscientos asambleístas y espontáneos nos plantamos por grupos en el cafetín. Pudimos, en efecto, comprobar el escarnio. Una mujer en paños menores, que debía de ser una artista de poca ropa y menos vergüenza, cantando y gesticulando en el escenario, fingía la persecución de una de nuestras semejantes por entre los pliegues de la camisa, que, por lo pequeña, parecía ser la camisa de la propia pulga. El público aullaba de gusto. Aquello era el ridículo para dípteros con dignidad. A una señal convenida, las mil doscientas compañeras nos distribuimos por el local, trepamos a las pantorrillas de los espectadores y comenzamos a picarles con tanto coraje y tanta tenacidad, que a los dos minutos todo el concurso, para sacudirse tan terrible molestia, golpeaba furioso con los pies el entarimado del piso y *gritaba* venablos. Fué un pateo y un escándalo horrorosos. La impúdica cancionista huyó. Poco después no quedó un hombre en el salón. Fué un triunfo resonante de las pulgas sindicalistas, que reseñó a tres columnas *La Pulgada* y que constituyó la piedra básica de la gran campaña en favor de la reivindicación colectiva.

Algunas compañeras perecieron en aquella inolvidable efemérides. Pero ¿qué importaba? Se salvó la dignidad de la raza. No hay apostolado sin mártires. No hay parto sin dolor y sin sangre.

XI

Casi desfallecí de ilusión el día en que Miltu me comunicó su deseo de que nos casáramos en seguida.

Quería tan locamente a mi novio, que sólo el pudor había hecho que yo no se lo propusiera a él antes. Sin que me cegara la pasión, comprendía que sólo Miltu era capaz de hacerme feliz. Era un pulga modelo, formal, honrado, cariñoso, guapo. Me era fiel como un perro, dicho sea sin que le ofenda la comparación. A él le debía la libertad y el amor... ¿Cómo iba yo a vacilar? Mi madre, al comunicarle tan fausta noticia, palideció intensamente y se arrojó sobre el sofá sollozando con amargura. Creí de buena fe que aquel súbito transporte se lo producía la emoción... ¡Tendría la pobre tantas ganas de ser abue!a!

La abracé y la besé con efusión el hociquito, y cuando yo esperaba que recobrarla la serenidad, rompió en un llanto convulsivo y exclamó:

— Este matrimonio será mi muerte, hija mía.

— ¿Por qué, mamáita? — le repliqué —. Yo no te abandono. Viviremos juntos. Miltu te quiere como a su madre.

Ella protestaba entre lágrimas:

— Imposible, Tolita, imposible... No lo has pensado bien. Miltu es muy joven. Además, es de otra condición social que nosotras.

— ¡Qué más da! Pero es bueno, es honrado, me ama con frenesí.

— Mi madre arreció en su desconsuelo, y sólo hubo de decirme para terminar:

— Es una locura. Déjame, hija mía; necesito meditar.

Por mucho que me sorprendiera la insólita actitud de mi madre, era natural que yo no le concediera excepcional importancia, estimándola como una explosión de su monomanía de grandezas. Estaba bien lejos de sospechar el trágico enigma que dormía en ella.

La nueva de mi concertada boda corrió como un reguero de pólvora por toda la barriada. A partir de aquel momento, pareció que se sobrecitaba la animadversión que nos tenían todos los vecinos. Nunca escuché a mi paso más bajas injurias, más insultos procaces, más alusiones directas a la ilegitimidad

de mi nacimiento. Pero Miltu, con sus frases ardientes y sus promesas de dicha, desvanecía todos estos sinsabores. Otro aliciente que me hacía olvidarlos era la grata tarea de preparar mi equipo de novia. Mi prometido me regalaba el traje de boda, confeccionado con alas de moscas de estercolero, que es la más rica en transparencias y tornasoles. Algunas veces venía a ayudarme en la preparación del *trousseau* nuestra buena amiga Nelika, la chinche melancólica, que cada hora parecía más triste. La cuitada era tan servicial, que se excusaba de no venir todos los días, como si tuviera la obligación de ayudarme.

— Estoy muy contrariada, hija — me dijo una tarde —. Me han subido la casa.

— Sí — contestaba yo apiadada —. Es una contrariedad. ¡Con lo cara que está la vida!

La anciana chinche aclaró:

— No es que me hayan aumentado el alquiler. Es que han subido a la bohardilla la silla rota en que vivo. Ya ves. Comprende lo penoso que tiene que ser a mis años, con mi gota, bajar a diario toda la escalera, sin coche ni tranvía...

Era una santa Nelika. Únicamente la crueldad de las personas podía hacerle daño.

A todo esto se había anunciado ya nuestra primera amonestación. Mi madre seguía encerrada en su misterioso dolor. Parecía huírme. La envidia del vecindario se recrudecía por minutos, y llegué a recibir anónimos con terribles amenazas si persistía en contraer aquel matrimonio, que calificaban de absurdo. Sospeché con motivo que los anónimos partían de la familia de Miltu. ¿Por qué sería absurdo mi enlace? ¿Qué mancha podía haber en mi estirpe? Por desgracia, no tardé en descubrir la incógnita de mi vida, mucho más trágica de lo que la fantasía pudiera inspirarme.

Una tarde, hallándome sola en casa, recibí un recado urgente para presentarme en la de Miltu. Estimé aquello bastante raro; pero me animé, jingenua

de mí, la creencia de que mi novio había logrado vencer la oposición de sus familiares. Mas, ¡ay!, me habían preparado una cruel emboscada.

Fuí llena de las más risueñas esperanzas. Me encontré rodeada en una salita por la madre y los cinco hermanos de Miltu. Mi novio no estaba presente. Todos tenían las antenas temblorosas.

— Siéntate — me indicó la vieja secamente —. Ha llegado la hora de hablar con claridad. ¿Sigues en la idea de casarte con mi hijo?

— Le amo hasta morir — respondí.

— Pues es preciso que renunciés a ese matrimonio. No nos obligues a que te expliquemos las causas. Tú no tienes la culpa; pero hay que respetar las conveniencias sociales.

Los cinco pares de antenas de los hermanos de Miltu se abatieron en señal de afirmación. Yo sentí que un escalofrío me congelaba el lomo. Dos lágrimas de ira me quemaron los ojos. Aquella insidia de las conveniencias sociales me mortificó en lo más recóndito de mi amor propio. Levanté el rostro y expuse, mirando a los seis con energía:

— En todo caso, soy yo la que tendré que mirar eso de las conveniencias sociales. Porque yo soy hija de un príncipe. Llevo en mis venas sangre real.

Mi suegra y mis cuñados se tiraron al suelo de risa. ¡Qué pataleo de burla, qué interjecciones de befa, qué ademanes de ludibrio hubieron de presenciarse durante un rato!

Exasperada por esta inexplicable rechifla, les grité para humillarlos:

— Hija de un príncipe, sí; ¿lo oís? Soy hija de un príncipe americano. ¿Es que no lo sabíais? En cambio, vosotros sois hijos de un pulga cualquiera, lleváis sangre de la plebe...

Nunca hubiera pronunciado tamaña injuria. Como por ensalmo cesó la algazara, y se diría que movidos por un resorte todos se irguieron lívidos y ame-

nazadores. La madre se impuso a los hijos, y, desgreñada e iracunda, se colocó en jarras ante mí y me lanzó al rostro:

— ¿Tú, hija de un príncipe? ¿Tú, más honrada que nosotros? Pues bien: vas a escuchar lo que no queríamos decirte por piedad. Tú lo has querido. Para que no abrigues ilusiones fontas, has de saber que eres una pulga maldita. Tú no tienes nombre. Eres... ¡hija de un *nigua!* ¡Hija de un *nigua!* ¿Lo oyes?

Sentí como un mazazo en la base del cráneo. Una nube sangrienta parecía cegarme. ¡Yo, hija de un *nigua!* ¡Yo, maldita y deshonrada! ¡Santa Crisálida! ¡Iba a caer desplomada, cuando penetró Miltu en la sala como un ciclón devastador. Corrió a prestarme auxilio, exclamando:

— ¡Tolita de mi alma!...

Pero la vieja y los hermanos se interpusieron ceñudos:

— ¡Déjala, Miltu! Es hija de un *nigua*. Deshonra cuanto toca y cuanto mira.

Miltu vaciló. Lanzó un sonido gutural extraño y cayó como herido por una centella. En sus convulsiones epilépticas le oí estas lacerantes incongruencias:

— ¡Me he comido a un *nigua!* ¡Lo tengo en el estómago! ¡Que me den aceite de ricino!

El infeliz se había vuelto loco.

XII

Aun pasé por el amargo trance de ver cómo le ponían a mi pobre novio la camisa de fuerza. Pasados los primeros instantes, su locura se tornó agresiva y pretendió asesinarnos a todos.

El cobarde instinto de conservación se sobrepuso a mi dolor, y huí despavorida de aquella casa, tambaleándome como un borracho. Mi mala ventura quiso que en la esquina del cuarto de baño tropezara con el zambo Tulizol.

— ¡Hija de un *nigua!* — me escupió el vengativo tuerto.

Lancé un gemido, y de un salto nervioso de medio metro me puse en mi domicilio. Hallé a mi madre, que acababa de llegar, y me eché en su regazo convulsa y sollozante, sudorosa y pálida.

— ¡Lo sé todo, todo! — balbucí —. Soy hija de un *nigua*... Estoy maldita.

Mi madre me estrechó fuertemente entre sus patas y comenzó a hipar. Comprendió en seguida que alguien me había revelado el horrible secreto.

Yo la exhortaba a gritos a que me diera una explicación.

— Habla, mamaíta, dímelo todo... ¿Es verdad que soy hija de un *nigua*? ¿Por qué me has ocultado tan espantosa deshonra? ¿Por qué me hiciste creer que mi padre era un príncipe americano? ¡Quiero saberlo todo; quiero que tú me digas que me han engañado, que la calumnia ha mordido en nuestro honor!...

Hubo un silencio sombrío. El sofá de paja de alpiste crujió lúgubremente. Se oía el ritmo acelerado del corazón de mi madre con un *tac-tac* fatigoso.

— Hija mía — exclamó ella de repente tras un largo suspiro —, perdóname. Te juro que soy tan inocente como tú. Pongo por testigo a la Gran Crisálida de Púlex. Voy a confesarte la verdad, lo que nadie sabe bien en el mundo más que aquel miserable y yo... Escucha, Tolita: hace trece meses visitó a la marquesa un amigo suyo, capitán de un buque de alto cabotaje. Habló de sus maravillosas rutas, de los magníficos países que recorría. Yo, pulga hermosa, libre e instruída, que sabía francés y esperanto, me aburría mucho dentro del corsé de la marquesa. Sentí la tentación morbosa de las aventuras, me trasladé a la camisa del marino, y me fui con él. Veintidós días después estábamos en Cuba, un bello país americano, donde se habla también el idioma de Castilla.

Mi madre calló un segundo para respirar. El corazón, agitadoísimo, la asfixiaba. Yo no perdía una sílaba de su do-



lorosa confesión. Después de secarse las lágrimas con el revés de una pata, prosiguió:

— Omitiré detalles innecesarios. A los quince días de encontrarme en La Habana, una tarde, cuando tomaba el sol a bordo sobre la cáscara de una chirimoya, oí una voz melosa que me decía con acento de la tierra:

— Chachita, guajira, me estás gustando, ¿sabe? Si yo te intereso, soy «libe» como el pintado sinsonte...

Volví la cara. Era un pulga *nigua*, grande, negro, chato, con el pelo rizado. Tuve asco y miedo y huí sin replicarle. El me siguió, y desde aquel instante fué mi sombra, mi sombra mala. En todas partes tenía que escuchar su antipático piropo:

— Eres linda como la pata del cucuyo, chacha.

Yo no ignoraba que aquel pulga pertenecía a una especie *aherrojada* y maldita, y una noche, en una entrevista que tuvimos a la luz de la luna, junto al mascarón de proa, se lo dije sin ambages ni rodeos. Juró que habría de poseerme. Tan tenaz fué su asedio y tan viva mi repulsión, que regresé a España en el primer viaje que hizo el barco. Contra lo que yo supuse, mi pretendiente abandonó su patria y se vino tras de mí...

Mi madre volvió a detenerse. La agitación en su pecho aumentaba. Era evidente que la exhumación de aquellos recuerdos renovaba en su corazón angustias inexplicables.

— Voy a abreviar este relato doloroso, hija mía — continuó —. Desembarcamos en La Coruña y tomé el expreso hacia Madrid. Aunque yo no le hablé más, el *nigua* siguió mis pasos hasta esta casa. Y una madrugada, puesto de acuerdo con un miserable que se llama Tulizol, mientras éste vigilaba en la puerta, el pulga maldito penetró en mi cuarto y me narcotizó con alcanfor... ¿Para qué decirte más, Tolita? Cuando volví en mí estaba ultrajada en mi honor y maldita en mi descendencia. Un nuevo

ser, que eras tú, hija, había de constituir el fruto de aquella villanía.

— ¿Y el villano? — interrogué anhelante.

— El villano huyó... Aquel villano era... ¡tu padre, hija mía! ¡Eres hija de un *nigua*!

Apenas había articulado estas palabras, mi madre se llevó dos patas al pecho, exhaló un gemido estridente y se derrumbó livida y fría sobre el sofá. Un colapso cardíaco la había matado fulminantemente.

Huí enloquecida de dolor y de vergüenza. ¡Era hija de un *nigua*! ¡La mayor deshonra pesaba sobre mi vida como una losa de plomo! Sin honor, sin ilusiones, sin madre y sin novio, ¿qué esperaba yo ya en el mundo? Una idea redentora pasó por mi mente.

— ¡Moriré! — me dije viendo ahora con toda claridad el desdén y el odio que siempre nos habían perseguido.

Me lancé a la calle obsesionada por la idea de la muerte. Subí a un tranvía de Rosales, y me encontré junto al Viaducto. Con una extraña y serena resolución anduve hasta encontrar la mayor altura. Entonces miré en torno mío. Ni un solo guardia de Orden público podía detenerme. Trepé por la barandilla de hierro y me vi encaramada en lo más alto. ¡Qué hermosas vistas se presenciaban desde aquella atalaya! ¡Qué espléndido panorama ofrecían los jardines del Palacio Real, El Pardo, la Casa de Campo, el Guadarrama azul al fondo! Pero no era aquella la ocasión de sentirse artista. La obsesión de que yo era el ludibrio y el baldón de mi raza, me volvieron a la triste realidad. Bajo mis patas se abría el agujero negro e insondable del abismo. Me persigné tres veces, cerré los ojos, y con mi salto más ágil me precipité al espacio para estrellarme contra los adoquines de la calle de Segovia.

Más, ¡ay!, sobre la voluntad más firme de los seres existe un designio superior, misterioso. No había contado yo con la

ingravidez de mi peso, que impidió que cayera rápida y verticalmente al suelo. En cuanto me arrojé al abismo, el viento me hizo ondular, bajar, subir y serpear lo mismo que una pluma, y al cabo de no sé cuánto tiempo me depositó sobre la blusa de un albañil, en la plataforma de un tranvía. No recibí la menor lesión. Pensé en seguida arrojarme de cabeza a la calle; pero la excesiva velocidad del tranvía y la escasa altura de la plataforma, me hicieron comprender que podría romperme una pata y no hallar la muerte redentora.

Una luz de revelación se hizo entonces en mi mente. Era indudable que la Gran Crisálida no estimaba cumplida mi misión en el mundo. Había nacido para sufrir y para que mis sufrimientos sirvieran de saludable enseñanza a las generaciones venideras. Una resignación evangélica me invadió de súbito. Me dejé conducir por el tranvía hasta el final de su recorrido, me interné campo traviesa en el hospital militar de Carabanchel...

Y aquí he envejecido a solas con mis penas y mis recuerdos, alejada del mundanal ruido, entregada a la penitencia y a la meditación, alimentándome de la sangre impura de los enemigos más enfermos, para que mi sacrificio sea más grato a las Larvas inmortales. Ellas saben que no aspiro a la santidad. Sólo con que estas tristes *Memorias* sean útiles a la juventud de mi raza, sentiré aún al borde de la tumba la voluptuosidad de mi martirio, porque no habrá sido ni olvidado ni infecundo.

Esta última etapa de mi vida en el hospital quedará inédita. Un recio escrupulo moral me lo dicta así, porque con el elogio propio pierde la austeridad su mejor perfume. Si alguna vez se hiciera pública, débase, como se dice en el *Quijote* y en el *Orlando furioso*,

Forse altro canterà con miglior plettro.

F I N

TITIRIMUNDILLO

«Los rumores propagados por fuentes americanas...»

— Oye, trae un vaso.

— ¿Para qué?

— Para echarme un trago de rumor tresco, de ese que sale de la fuente.

«Acerca de ese asunto hay tres ministros que tienen criterio propio.»

¿Ministros con criterio?

Busquemos inmediatamente sitio para levantarles las correspondientes estatuas.

El Ayuntamiento anda buscando sitio para colocar un mercado de pájaros.

¿Pues nada mejor que el propio patio de cristales del Ayuntamiento!

¡Menudos pájaros hay allí!...

Señoritas futbolistas.

¡Habrá que ver cómo tratarán a sus adoradores!... ¡A puntapiés!

Y luego de darles calabazas, dirán: «¡Goall!»

«Italia ocupa otras islas.»

¡Anda, y nosotros que creíamos que lo que ocupaba Italia era una península!...

Por lo menos, así aparece en los mapas.

«La ley de Casas baratas.»

¡Ahl!... ¿Luego hay una ley para eso?

Pues mire usted, da la casualidad de que ningún casero se ha enterado todavía.

Y eso que algunos saben leer.

— ¿Qué va a ser?

— Nosotros, chocolate, y la señora, que es mi mamá política, ¡un vaso de leche de los grandes!

El camarero, al retirarse:

— ¡Asesinol!

El maestro Vives va a reponer en Apolo su obra El tesoro.

El ministro de Hacienda va a sanear el Tesoro.

¿El de Vives, o el de la nación?

Nosotros proponemos que sea el de Vives, que siquiera tiene música.

LOS APELLIDOS ILUSTRES

Varias veces se ha tomado a broma en España la superabundancia que hay de señores que tienen la inmensa desgracia de apellidarse López, García, Fernández, Pérez, Martínez, Sánchez, Álvarez, González, etc., etc. Este infortunado país, que tantas calamidades cuenta en su historia, padece, entre sus más atroces males, de la brutal tortura de los apellidos vulgares. Conocemos cuatro millones de sujetos bellísimos que se llaman Juan García, cinco millones doscientos mil honorables señores que atienden por José Rodríguez, y cerca de seis millones de buenisimas personas que se acuestan todas las noches con el indescriptible dolor de no poder dejar de llamarse Manuel Fernández. Pero como en todo hay excepciones honrosas (y deshonrosas algunas veces), el otro día tuvimos la envidiable felicidad de topar con un caballero, que no sólo no se llamaba nada de eso, sino que entre sus ilustres ascendientes no había conocido ni uno que no llevase un apellido gloriosísimo y original.

Poseídos de insensata y vertiginosa curiosidad, quisimos conocer la historia de su ascendencia, y amable y gentil nos hizo la descripción de su árbol genealógico, desde las más hondas raíces hasta los bordes de la copa, sin dejar de andarse por las ramas para mejor complacernos.

Y el resultado fué el siguiente:

Nuestro amigo se llama Diego Cepillo de La Cerda. Inútil nos parece decir que el Cepillo era su padre y que su madre fué La Cerda, pues es una cosa que salta a la vista en el acto. Este matrimonio se verificó por el empeño que ambas familias tenían de que Las Cerdas se uniesen a los Cepillos, deseo de una lógica y de una oportunidad que nadie osará discutir. La raza femenina de La Cerda tenía por padre a un don Isidoro Ladrón del Bosque, noble ilustre que en su escudo tenía un lema que decía: «¡Ladrón..., ladrón..., no mereces otro nombre!», lo que da idea de la importancia que al apellido en cuestión se concedía.

Este Ladrón del Bosque (a quien no hay que confundir con un salteador de caminos, a pesar de la analogía de los calificativos) descendía por la línea materna de una famosa doña Bárbara La Morena, hija segunda de los marqueses de Muñoz Seca y hermana carnal de la hija primera, que se llamaba Mary La Morena, y a quien llamaban La Mary Morena los guasones de su tiempo. El padre de Bárbara y de Mary se llamaba Bárbaro (y lo era), y además era La Morena, o por lo menos, La Morena le

llamaban en Cádiz, de donde era natural, lo cual dió lugar a varios *quid pro quos* bastante impertinentes. Parece ser que, a pesar de ser hijo legítimo de un La Morena, era en realidad bastardo de un Wenceslao Guarro del Corral, el cual, por no portarse bien con la mujer a la que sedujo, quedó como un Guarro, aunque, dada la nobleza de tal apellido, el quedar como un Guarro debía

ser conducirse caballerosamente. Los Guarros del Corral descendían de los Guarros de La Cuadra, y los de La Cuadra tenían su origen, un poco remoto, de un Carballo de La Cuadra y de una Barriga de Mas. Esta Barriga era Grande por parte de padre, y en la línea de sus abuelos tenía tres Estirados, dos Delicados, un Rubio, un Zapatero y dos Tacones. El primero de éstos, Rodrigo



Dib. BERNAD. — Barcelona.

— En este pueblo las montañas son elevadísimas.
— Sí...; pero no tanto como las facturas del hotel.

Tacón Izquierdo, era duque de la Real Gana, título que le confirió Fernando VII por quitárselo de encima. El otro Tacón no dejó documentos que acreditasen su historia, sin duda por ser un Tacón distraído.

Pasando ahora a la rama de los Cepillos, nos encontramos con un Cepillo de Calzado, barón de Mingote, y con un Calzado Prieto, duque y par, que fué el único par que se distinguió entre todos los Calzados que tuvo la familia. La madre de Calzado Prieto fué una Hermoso Prieto, cuyo padre fué Hermoso por la línea paterna; pero feísimo por todas las demás líneas (Norte, M. Z. A. y Andaluces: ¡el hombre viajaba mucho!). En esta familia aparecen también un Cepillo de Pita, un Pita y Silva y una Pita de Martínez Sierra. Destacan también un Gordo, dos Delgados, dos Mansos, dos Toros y cuatro Toros Mansos, de los cuales uno venía de un Corral y otro de una Vaca de Guevara.

La tatarabuela de Cepillo era Nieto (y no les choque, porque en un árbol genealógico, ser Nieto y tatarabuela no tiene nada de particular). La madre de esta tatarabuela era hija de un Zurdo (lo cual no fué obstáculo para que naciese la niña), y este Zurdo descendía de un barón... y de una hembra, como la mayor parte de las personas civilizadas.

¿Se han enterado ustedes bien?

Porque yo, ¡la verdad!, me he hecho un poquitito de lío.

¡¡Calculen ustedes los líos que se harán entre las familias cuando, en lugar de contar las cosas, las verifiquen!!...

NÉSTOR O. LOPE

RESERVAS MENTALES

Don Complicado Ingenuo tiene un capital tremendo de reservas mentales. Su fortuna es incalculable.

Todo aquello que en voz baja, en voz íntima pronuncia con el cerebro — laringe perfecta y discreta de cuerdas afonéticas —, es acumulado en el armario de don Complicado Ingenuo, lleno hasta la hipérbola de palabras sinceras ahorradas en las conversaciones de un gris social y cotidiano.

Don Complicado Ingenuo viene hoy de la editorial Camelo Metafísico, donde está imprimiendo una obra trascendental: *Ética, estética, fonética en atrofia*.

De vuelta por la plaza de Oriente, Ingenuo ha encontrado con un poeta amigo. El poeta tiene la estructura clásica de la personalidad ripiosa consabida: ancho sombrero de anchas alas, chalina exuberante y pipa apagada. El poeta tiene cara de enojo y ha dicho, a modo de saludo:

— ¡Caramba, don Complicado, no se puede andar por aquí! Ahora mismo, como una serpentina enojosa, se me ha enredado entre las piernas esa canción de corro, y a poco si me rompo las narices contra esas notas de

«¡Quisiera ser tan alta
como la lunar!...»

— Es verdad, querido poeta, tiene usted razón — ha contestado don Complicado. Pero inmediatamente, *en voz sin voz*, añade: — *¡Qué sensibilidad de paquídermo tiene usted; el ripio y el tópicos han hecho callo en su alma ventruda!...*

Don Complicado Ingenuo sigue andando. Aquí, en la calle del Arenal se encuentra con un crítico de arte muy conocido. Han hablado de la Exposición de pintura de Gerardo Acuarela. El crítico dice a don Complicado:

— ¿Vió usted mis comentarios de anoche sobre la Exposición de Acuarela?

Don Complicado, distraído, pregunta:

— ¿A qué acuarelas se refiere usted?

— ¡Hombre, don Complicado, no sea usted ingenuo!... Me refiero a la Exposición de Gerardo Acuarela en el Salón de los Paniaguados.

Don Complicado hace como si recordara:

— ¡Caramba, ya lo creo que lo leí! ¿Digo que lo leí?... Poco digo, ¡porque lo devoré! *Por cierto que es usted un animal, porque en vez de crítica de arte siempre ha hecho crítica de marcos y de decoración, que es más cómodo...*

Don Complicado Ingenuo se despidió del crítico y sube a un tranvía. Alguien que baja cuando él sube le ha dado un feroz y obstinado pisotón.

— Perdone, señor...

Don Complicado le ha contestado cortésmente:

— No hay qué perdonar, caballero, ¡ojalá se caiga del tranvía!

De este modo, el señor Ingenuo todos los días vuelve a su casa habiendo aumentado su ya fabuloso capital de reservas mentales.

Don Complicado Ingenuo tiene una hija, y la hija de don Complicado tiene un novio, cosa perfectamente compatible. La hija conoce el capital de su padre; pero — esto indigna al buen capitalista — ella quisiera una dote de vulgar moneda española. Hoy la hija de don Complicado ha abordado a su padre:

— Mira, papá, Juanito me ha preguntado que cuánto podré yo aportar para casarnos cuanto antes...

Don Complicado se indigna:

— ¿Cómo puede tolerarse esa grosera pretensión?...

— La confianza, papá..., el buen deseo...

Al fin, el buen hombre se ha conformado, y pomposamente, ha dicho:

— ¡Yo te doto en dos millones de reservas mentales!...

La chica se ha desesperado:

— ¡Papá, déjate de greguerías!

— Lo dicho. ¡Poco intelecto demuestras, ya que no aprecias la dote filosófica que te hago!

Pepita Ingenuo ha hecho un gracioso ademán de alto humor, diciendo a su padre:

— Pues bien: me conformaré con los dos millones y una reservas mentales...

— ¿Cómo dos millones y una? — pregunta intrigado el padre espléndido.

— Sí, papá; porque yo contribuyo para esa dote con una reserva recién acuñada. *Este padre mío es un burro indigestado de Zaratustra.*

CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO



Dib. BAI
Madrid.

¡VEINTE AÑOS!...

— ¡Es muy duro esto de perder a mi mujer cuando precisamente empezaba a acostumbrarme a ella!...



Dib. RAM3REZ. — Madrid.

— Mirad esa mujer. ¡Parece una estatua!
— S3, hijo; porque no la ves la cara. Si la vieras de cerca, te parecer3a un cuadro.

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

LA ZARZUELA ANTIGUA

Al salir del estreno de la obra de Tellaeché *El lindo don Diego*, estrenada con un éxito muy estimable en el teatro Cómico, nuestro amigo, encantado del espectáculo, ha prorumpido en gritos de entusiasmo:

— ¡Esto se llama volver a la zarzuela clásica! ¡Debemos, en efecto, volver por los fueros de la zarzuela clásica!

La opinión de la crítica, declarada a favor de los viejos procedimientos zarzueleros, nos hace temer que exista seriamente esa teoría.

No podemos creer que haya nadie convencido de que hay que hacer en arte lo mismo que hicieron nuestros abuelos, y opine que todo lo moderno es detestable comparado con aquello.

El que esto dice y esto cree, que es lo peor, no sigue usando en su casa un velón o un quinqué para alumbrarse. Al salir a la calle, toma el tranvía o el metro, sin que se le ocurra decir:

— ¡Oh, aquellas sillas de manos!... ¡Aquellas galeras aceleradas!... ¡Debiéramos volver a la calesa, que es más clásica!

Tampoco, si sale de Madrid, dejará de tomar cama en el expreso, sin detenerse a preguntar a qué hora sale la diligencia para Burgos.

No mandará a llevar una carta a pro-

vincias a un criado, ni la entregará al ordinario del lugar de destino, sino que, si el asunto urge, pondrá un telegrama urgente con respuesta pagada.

¿Ha de ser, por consiguiente, en arte en lo que no debemos dar un paso, mientras todo evoluciona a nuestro alrededor y cambian las emociones, las ideas y todo aquello que pueda servir de inspiración?

Muy estimable es la zarzuela antigua; pero no la anticuada. La zarzuela de nuestros abuelos tiene su encanto un poco ingenuo. Sus concertantes, sus coros de

«... vamos ya, sin tardar,
¡partamos!, ¡corramos!...»

en que nadie se mueve ni hace más que mover los brazos apresuradamente, sus dúos interminables, sus recitados, sus monólogos, todo, en fin, lo que, envuelto en una trama que hoy se nos antoja pueril y que emocionó a nuestros antepasados, tiene su encanto y marca una época de la que toma todo el carácter, que llega a nosotros como un perfume evocador.

La zarzuela, desde *Barbieri* y desde *Camprodón*, ha venido cambiando, aguzándose según las exigencias de la época. Puede notarse la diferencia de *Los*

diamantes de la corona a Agua, azucarillos y aguardiente, y de ésta a *Moros y cristianos*, por ejemplo. ¿Por qué, vista esta evolución natural, se nos aconseja y encomia que volvamos a lo antiguo, que no sabemos sino imitar mal, pues, aunque queramos sentirlo, está ya muy lejos de nosotros?

En arte no vale quedarse atrás, ni volver atrás por gusto, que es peor.



En todas las zarzuelas antiguas hay un capitán, que es el tenor. Yo odio a los capitanes de zarzuela casi tanto como a los de verdad.

No creo que un capitán de dragones o de húsares, o un oficial de Marina, únicas tres clases admitidas en zarzuela, sea el *súmmum* de poesía y arrogancia.

Tengo ganas de ver una zarzuela en que el tenor represente un fabricante de bombillas eléctricas, por ejemplo. Esto suele ser un negocio muy saneado. Sospecho que una joven moderna, puesta a decidir entre el capitán y el fabricante, optaría por éste, con muy buen acuerdo, por considerarlo más práctico, sencillamente.

Reneguemos de la zarzuela antigua como norma de teatro moderno. Olvidemos *Los mosqueteros grises* y *Man'zelle Nitouche*, padres de la clásica zarzuela española. Olvidemos que hay colegialas y oficiales, y tíos regañones que desheredan, y maridos bur-lados inocentemente.

Olvidemos que el tenor debe dirigirse a la batería para cantar a su amor, en vez de dirigirse a ella directamente.

Olvidemos que en los amores de las segundas tiple con los oficiales hay que cogerse las manos y agacharse poco a poco al compás de la música. Hoy no se ama ya así.

Olvidemos las romanzas, los monólogos, las serenatas y otras lindezas de la zarzuela clásica.

Olvidemos, en fin, todas esas cosas que ensalzan los amantes de la zarzuela antigua. Busquemos nuevos motivos. Nuestro siglo, pese a quien pese, es el del *jazz-band* y el del vals, el de *La viuda alegre* y el de *La duquesa del Tabarin*, el de la moto y el *cabaret*; no el del tenor presentuoso ni la tiple que hece gorgoritos inútiles, sino el de las segundas tiple, ligeras de ropa.

En la zarzuela antigua, para cantar, se paran y se quedan muy quietos y muy serios. Hoy hay que moverse mucho, salir a las butacas, volar por la sala, llevar luces hasta en los zapatos.

Hoy se hace eso, porque entre todos hemos ido hacia eso. No vale protestar.

Guardemos la zarzuela antigua y desempolvémosla de vez en cuando. Representa un valor; pero un valor pasado.

Cada cosa en su tiempo...

JOSÉ LÓPEZ RUBIO



Dib. ALFONSO
Madrid.

ELLA. — *Lo único que me gusta de la verbena eres tú.*

EL. — *¿No decías antes que los cerditos?...*

¡MUJER!
 BELLEZA, PLACERES,
 ILUSIÓN...
SELLO YER
 SALUD, ALEGRIA,
 BIENESTAR...
 Suprima usted los dolores nerviosos
 y sera usted dichosa

DEL BUEN HUMOR AJENO

LARGUEZA, por Arkady Averchenko

I

Una tarde de verano entré en una cervcería, donde hacía un fresco delicioso. Me senté en un rincón y pedí una botella de cerveza.

Sólo había en el establecimiento otra mesa ocupada. Ocupábanla un veterinario y un modesto funcionario público.

Hablaban animadamante.

— ¡Nada, que no te atreves a romper otro bock! — dijo el funcionario.

— ¿Qué no me atrevo?

— ¡No; no te atreves!

— ¡Parece mentira que digas eso conociéndome! — contestó el veterinario.

— Precisamente, porque te conozco lo digo. No te atreves.

— ¿No acabo de romper uno?

— Sí; pero ha sido sin querer. Así, cualquiera rompe bocks.

El veterinario vaciló un momento.

— ¡Ahora verás! — profirió con acento solemne, como quien acaba de tomar una determinación grave —. ¡Mozol!

El mozo, caritidoso y somnoliento, se acercó.

— ¿Qué desea el señor?

— Oye: si se rompe un bock, ¿cuánto se paga?

— Diez copecks.

— ¿Nada más?

— Nada más, señor.

— ¡Yo me figuraba que, lo menos, había que

pagar cincuenta!... Siendo tan barato, puedo darme el gusto de romper media docena de bocks.

Había sobre la mesa cuatro a medio vaciar.

— ¡Al diablo! — gritó en un arranque de bravura el veterinario —. ¡Vas a ver quién soy!

Y de un manotazo tiró los cuatro bocks al suelo.

— Cuarenta copecks — dijo el mozo impávido.

— ¡Muy bien; se pagarán! Yo no me apuro por tan poco, muchacho. ¡Cuando tengo un capricho!...

Y si se rompe una botella, ¿qué hay que pagar?

— Cinco copcks.

— ¿Nada más?

— Nada más.

— ¡Qué agradable sorpresa! Yo, como las botellas son mucho más grandes que los bocks, suponía que valdrían el doble. ¡Cinco copecks! ¡Eso es una miseria!

— Sí, sí; una miseria... — murmuró sarcástico el funcionario.

— ¡Una miseria! ¿Qué son cinco copecks para mí?

— ¡A que no rompes las seis botellas que hay sobre la mesa!

— ¿Qué no las rompo?

— ¡No; no te atreves!

— ¡Tú no me conoces! ¡Yo soy tremendo! ¡Mira! Las seis botellas, con un estrépito ensordecedor, cayeron al suelo.

El dueño de la cervcería se acercó y suplicó al héroe que diera fin a sus hazañas.

— ¡Se pagará todo; no se preocupe!

— No es por eso, señor; es por el ruido. Ese caballero...

Yo, al ver que el dueño de la cervcería me señalaba, le interrumpí, encogiéndome de hombros: — No; a mí no me molesta el ruido.

El veterinario me saludó reconocidísimo:

— Gracias, caballero; es usted muy amable.

¿Verdad que es muy barato? ¡Cinco copecks la botella! — Y dirigiéndose al funcionario repitió:

— ¡Cinco copecks la botella!

— No es caro, no. Ya ves, por un rublo puedes romper veinte.

— En los restaurantes elegantes el romper botellas te cuesta un ojo de la cara. ¿Y los bocks? ¡Diez copecks!

El veterinario cogió un bock, lo sometió a un minucioso examen y lo estrelló contra el pavimento.

— Eso, en el restaurante Francés, le costaría a usted lo menos un rublo — dijo el dueño impasible.

— ¡Ya lo creo!... Micha, rompe tu bock, no seas tonto. ¡Diez copecks no van a ninguna parte!

El funcionario rompió su bock.

— ¡Bravo!... ¡Así me gusta!... ¡Mozo, otros seis bocks!...

Un cuarto de hora después el héroe llamó de nuevo al mozo.

— ¿Cuánto importan los vidrios rotos?

— Noventa copecks.

— ¡Noventa copecks, Micha! En el restaurante Francés nos hubieran cobrado nueve rublos.

El héroe sacó un rublo y se lo tendió al mozo.

— ¡Toma! Devuélveme diez copecks. Es decir, no me los devuelvas; tráeme otro bock.

Los ojos del héroe se volvieron a mí risueños, triunfantes.

II

El veterinario habló en voz queda con su camarada, se levantó, se acercó al mostrador y le preguntó al dueño:

— ¿Cuánto quiere usted por ese negro?

El índice de su mano derecha señalaba a un negro de barro, de cerca de un metro de altura, que había sobre el mostrador.

— ¿Por ese negro? Cuatro rublos.
— ¿Cómo? ¿Cuatro rublos por esa porquería?
— Fíjese en lo bien hecho que está. ¡Es un verdadero objeto de arte!

— ¡Es un negro de lo más vulgar! Los hay en todas las tabernas. El material no valdrá un rublo.
— ¿Y el trabajo? ¿No vale nada?

— Bueno; pongamos un rublo por el trabajo. Le doy a usted dos rublos.
— ¡Imposible! ¿Ha visto usted qué ojos, qué piel más reluciente?

— Bueno; dos rublos y medio. Nadie le dará más por un negro tan viejo.

— Su antigüedad es su mayor mérito, señor. Lo tengo ya tres años. Además, es precioso. ¡Fíjese!

— Bueno. ¡Tres rublos! ¡Ni un copeck más!

— ¿Qué te parece, Micha?
— Yo creo que tres rublos es un buen precio. No los vale.

— Se lo cedo a usted — dijo resueltamente el dueño — por tres rublos y medio.

— ¡No, no y no! ¡Tres rublos! Si no quiere usted, ¿qué vamos a hacerle? Ya encontraré otro más barato.

— ¡Vamos, aumente usted algo! ¡Aunque sean veinte copecks!

El veterinario se acercó a la estatua y la miró por todos lados.

— No vaya a estar rajada, ¿eh? Bueno; ¡tres rublos y veinte copecks!... Es demasiado caro, ¿verdad, Micha?

— Sí; pero veinte copecks más o menos...

— ¡Muy bien! ¡El negro es mío!

El veterinario cogió el negro, lo levantó todo lo alto que pudo, y gritando «¡Viva la juerga!», lo lanzó con todas sus fuerzas al suelo. Luego le dió un puntapié a la cabeza separada del tronco, y sacó la cartera, de la que extrajo un billete de cinco rublos, que le tendió al dueño.



Algunos minutos después llamó al mozo y le preguntó cuánto importaba la cerveza que se habían bebido él y su camarada.

— Dos rublos y medio.

Sacó un billete de tres rublos, e inclinándose hacia el funcionario, le dijo:

— Cincuenta copecks de propina será demasiado, ¿verdad?

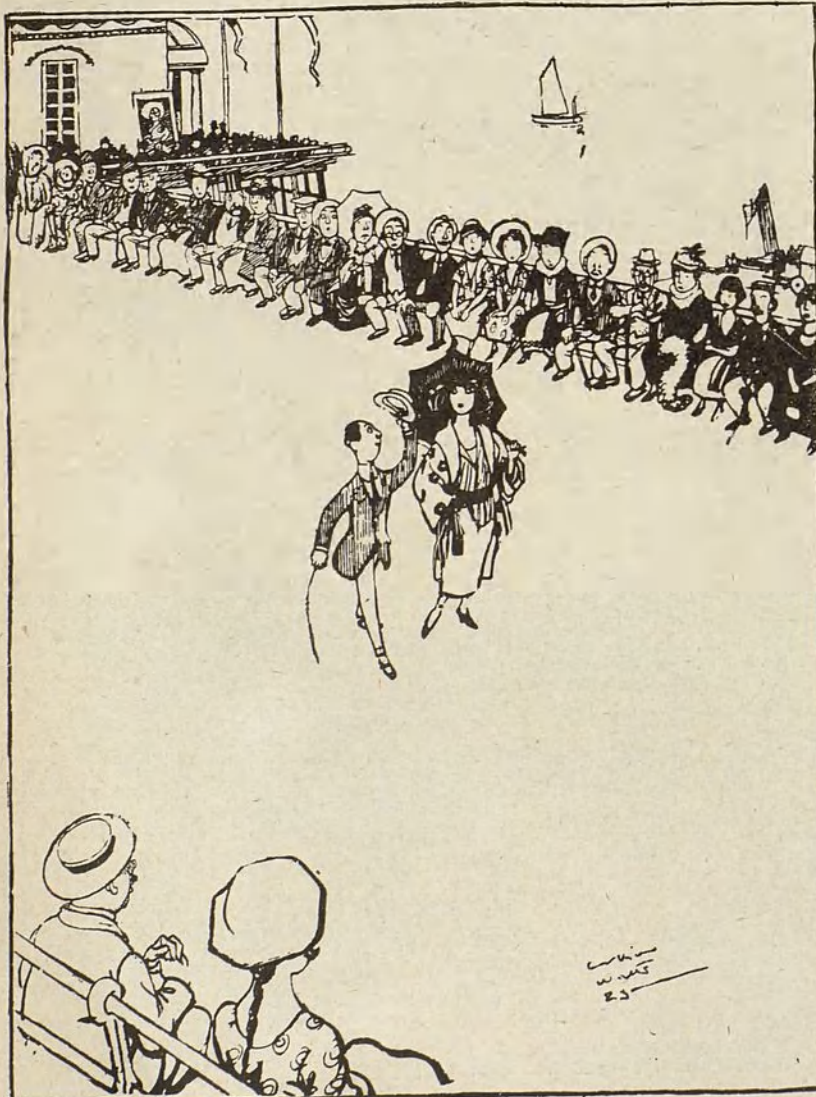
— Sí; se suele dar el diez por ciento.

— Entonces debo darle veinticinco copecks, ¿no?

El veterinario hizo un breve cálculo mental, tiró al suelo dos *bocks* y una botella, y dijo:

— Veinticinco copecks para ti, mozo... Vámonos, Micha. ¡Qué siesta más divertida hemos pasado!

A. R. H.



VALOR ACREDITADO

(De The Humorist, de Londres.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

MADRINAS DE GUERRA

Notas facilitadas por la oficina que hemos montado con este objeto:

Félix Mateo, del batallón de Garellano, número 43, tren regimental, Dar Drius (Melilla).

Modesto García Díez, sargento de Regulares de Tetuán, número 1. Quiere que sea guapa y con dinero.

El cabo Ignacio Chaumel y el soldado Jacinto de Vega, de la quinta compañía del tercer batallón de Ceriñola, número 42, en Kandussi (Melilla).

Carlos Ortuña y Gómez de Fontana, soldado de Regulares de Tetuán (Tetuán).

Pascual Rojo, de la estafeta de campaña del campamento de Tafersit. De las guapas.



N. T. A. Barcelona. — Tiene algunas cosas bien y otras mal. El mismo asunto, sin la vulgaridad de hablar de *Chelito* y de *Loreto Prado*, entre otros... Si no, haga otra cosa y veremos.

Otto. — A más de ser malos sus dibujos, tienen unos pies que huelen mal.

V. P. — Si Adán llega a tener la paradisíaca inocencia de usted, está todavía en el Paraíso.

J. M. S. Valencia. — ¿De modo que cifra usted todas sus ilusiones en la literatura? Pues le aconsejamos entonces que se pegue un tiro en el cuarto espacio intercostal.

P. V. Madrid. — No está del todo mal; pero insista usted. La aleluya de don Casto es capaz de producir parálisis general progresiva. Hay condiciones. Trabaje más. Zamora no se ganó en sesenta minutos, como usted sabe muy bien.

R. N. S. Sevilla. — Con lo que usted tiene en el cerebro se pueden barrer las habitaciones. ¿Se entiende?

F. M. C. — Su *Primer devaneo* es más viejo que la pirámide de Cheops. Así es que procure corregirse de ese amor a la longevidad. ¿Es usted organizador del homenaje a la vejez?

Katite. Málaga. — Sus temores son fundados. Es una tontería.

J. A. de C. Pozuelo. — ¿La próxima disertación? Esa se la manda usted a algún pariente a quien quiera heredar pronto.

X. F. Madrid. — Sus dibujos son desastrosos, nada más.

A. A. Valladolid. — ¡Se ha caído usted con casi todo el equipo!

L. L. Granada. — No sirve. *Apabullar* se escribe con dos *eles*.

Colima. — Admitidos cuatro de los siete que envía.

César Giol. Madrid. — Es un chiste antiguo arreglado por un fumador. Envíe otras cosas, a ver qué pasa.

Chaparrada. Bilbao. — Hoy no está usted muy afortunado, compañero.

P. E. P. Madrid. — No sirve.

I. J. O. Melilla. — Tampoco.

S. G. de la P. Madrid. — ¡Qué lástima! Tan joven y ya idiota...

Willy. Cartagena. — Usted está en el presidio ¿no? ¡Por eso!

A. B. de Q. Madrid. — Efectivamente, es graciosísimo; pero demasiado atrevido. Felicitamos a usted y a la ingeniosísima *habanera*.

César Giol. Madrid. — La segunda cosa que usted manda, es peor. ¡Hay que ver qué cosas pasan!

N. A. B. Astillero. Santander. — ¡Es más tonto que Salvatella! ¡Por qué no se cambia usted de apellido, ya que lo hace tan mal?

R. F. G. Córdoba. — Desde la abjuración de Recaredo hasta el día en que edificamos estas líneas, se han escrito doscientos veintidós millo- nes y cuarto de parodias. Así es que, ¿para qué? Aparte de que las suyas son las peores que nos hemos echado a la faz. Para el Concurso de chistes aceptamos una cosa. El epigrama es lo más grosero que puede concebir un encéfalo de literato.

E. A. G. Paterna del Campo. — Con lágrimas en los ojos le juramos que no tiene gracia.



A. J. S. Guipúzcoa. — Este señor nos envía una poesía de ochenta y dos versos, variaciones sobre este tema:

«Y así, yo quiero, dueña,
estar entre tus brazos,
que creo, con el tiempo,
espero conseguir;
rendida y amorosa,
ilusión de mi vidal,
que tengo muchas ansias
de verte así rendida,
juntando nuestros labios
en dulce frenesi.»

Luego pide que se le publique en el próximo número y que se le mande un ejemplar.

¡Ay, qué gracioso!...
A. C. G. Madrid. — Esto es de una memez que calefaccióna.

A. S. H. Madrid. — Un poco macabro; pero está bien. Tiene gracia. Se publicará. ¡Con lo que gozamos nosotros diciendo cosas agradables!

J. L. Arévalo. — Haga usted otra cosa, porque o de los calzoncillos es de muy mal gusto y lo otro demasiado corto.

Otto. — Los dos dibujos son de muy mal gusto. Mande usted literatura, a ver qué pasa.

S. V. Barcelona. — ¡Pero, hombre!

«Siempre fuiste en Bogotá sólo mía;
y al recordar, amiga, aquel entonces,
no puedes tú suponerte, María,
mi tristeza a la hora de las onces.»

En serio, amigo, si María conocía ese cuartito (?) y le hacía caso a usted solo, es que María no estaba bien de la cabeza.

César Grol. Madrid. — El adorable Sr. López Rubio no ha escrito jamás el artículo que usted le imputa. No tiene más remedio que insistir.

T. Kuk. Alicante. — No vale por corto, por estar escritas por ambos lados las cuartillas y porque es más soso que el sindetikón.

A. G. R. de A. Talavera de la Reina. — Haga suya la respuesta al Sr. R. F. G., de Córdoba.

Hemos rechazado los dibujos siguientes:
Ocho de M. Conde; tres de Enrique M., Saura y Villalva; dos de Kampos, A. P. M., Tavi-Tavi, Bartolomé y R. Armán; y uno de Arturón, Miguel, Pain, Alberto, Bersaglieri, Ayala, José Luis, Alarcón, Miguét, Ciria, Torallas, Hito, Stilo y Espinosa.

F. A. M. — ¡Qué lástima! Esos dibujos, que a nosotros no nos sirven, y que, sin embargo, están muy bien, hubieran hecho una linda pareja colocados en unos marquitos. ¡¡Qué lástima!!

AMADOR
— FOTÓGRAFO —
PUERTA DEL SOL, 13

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial. **LOGROÑO**

LA PAZ DEL HOGAR

ACTO PRIMERO

Escena primera. — En la iglesia.

EL SACERDOTE. — ¿Quiere usted a Fulana de Tal por esposa?

FULANO. — Sí; la quiero.

EL SACERDOTE. — ¿Quiere usted a Fulano de Tal por esposo?

FULANA. — Sí; le quiero.

Escena segunda. — En el domicilio conyugal.

FULANO. — ¡Al fin, solos!

FULANA. — ¡¡Vida mía!!

FULANO. — ¡¡¡Amor mío!!!

(Telón rapidísimo.)

ACTO SEGUNDO

Escena primera. — En casa de mamá suegra.

FULANA. — ¡No puedo más, mamá!

MAMÁ SUEGRA. — ¡Vamos, mujer! Ten calma.

FULANA. — ¡Hace ocho días que Fulano no aparece por casa! (Lloros, jipíos, etcétera.)

MAMÁ SUEGRA (que, cosa rara, es una buena persona). — No te apures. Yo buscaré una solución.

Escena segunda. — En el domicilio conyugal.

FULANA. — ¿Te parece bonito lo que

haces? Un mes sin verte el pelo. ¡Con lo que te quiere tu mujercita!

FULANO (no dice ni pío).

(Telón.)

ACTO TERCERO

Escena primera. — En casa de mamá suegra.

MAMÁ SUEGRA (entregando a su hija un paquetito). — Toma esto y entérate; ya me dirás el resultado.

FULANA. — ¡Ay, mamá! ¡Un trimestre hace que mi amor no duerme en casa!

MAMÁ SUEGRA (enigmática). — ¡Vere- mos si ahora...!

Escena segunda. — En el domicilio conyugal.

FULANO. — ¡Qué encuentro en ti que antes no tenías?

FULANA. — Que me limpio la boca con el maravilloso dentífrico Sanolán.

FULANO. — ¡Ahora lo comprendo todo!

FULANA. — ¡¡Amor mío!!

FULANO. — ¡¡¡Vida mía!!!

(Telón mucho más rápido que al final del acto primero.)

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.



— Pero, hombre de Dios, cuando se despeñe usted otra vez por un barranco, pare la moto antes de llegar al fondo.

(De The Humorist, de Londres.)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

En la prisión.

— El trabajo — dice el director — es obligatorio para todos los reclusos, y supongo que usted preferirá que se le utilice en lo que sabe hacer.

— Sí, señor, muchas gracias.
— ¿Qué profesión es la suya?
— Aviador, señor director.

Anónimo.

— ¿Cuál es el animal más embustero?
— El escarabajo, porque siempre anda con bolas.

Ant-Hoñito.

— ¿Cuál es el colmo de una señorita residente en Madrid que tenga el novio en África?
— Decir que le quiere mucho... y que no le puede ver.

Aletrop.

— ¡Por Dios! ¿A quién se le ocurre llevar un niño tan desabrigado con la temperatura que hace?
— Pero, hombre. ¿Se figura usted que un niño de cuatro meses entiende lo que es eso de la temperatura?

I. Echevarria — Madrid.

Diálogo en la terraza del Gran Casino.

— ¿Ha reparado usted que en la pequeña orquesta de cuerda que este año nos da el Casino son todos gente muy joven?
— Verdaderamente, la orquesta de este año se compone toda de mozos de cuerda.

A. P. Z. — San Sebastián.

— ¿Sabes quién está en un manicomio?... Juan.
— ¡Atízal...! ¿Y de qué se ha vuelto loco?
— Pues que se había empeñado en enseñar el vascuence a un loro.

Vitriolo. — Madrid.

— ¿En qué se parece un tramposo a un rosario?
— En que tiene muchas cuentas pendientes.

F. M. A.

— ¿Qué oficio es más corto?
— El de carretero, porque sólo tiene una vara.

José Illana.

Entre amigos.
— Te voy a enseñar un reloj que me compré ayer.

— ¿Qué marca?
— Las cuatro y media.

Masto. — Madrid.

En el tranvía.
— El trayecto no es quince céntimos... Es veinticinco.
— Y este señor, ¿cuánto ha pagao?
— Pues un real.
— ¡Otral...! ¿Y cómo quie usted que pague yo lo mismo, si peso mucho menos?

Un Vizcaino.

— ¿Qué deben hacer los matadores para sustituir a los picadores?
— Hablar al toro mal de su familia para que salga *picado*.

Manuel Ojeda.

— ¿En qué se parece una batería de cocina al mar?
— En que hay *q'hacer-olas*.

Benjamin López.

— ¿Cómo agarran los conejos en Inglaterra para matarlos?
— ¡...!
— Pues los agarran... vivos.

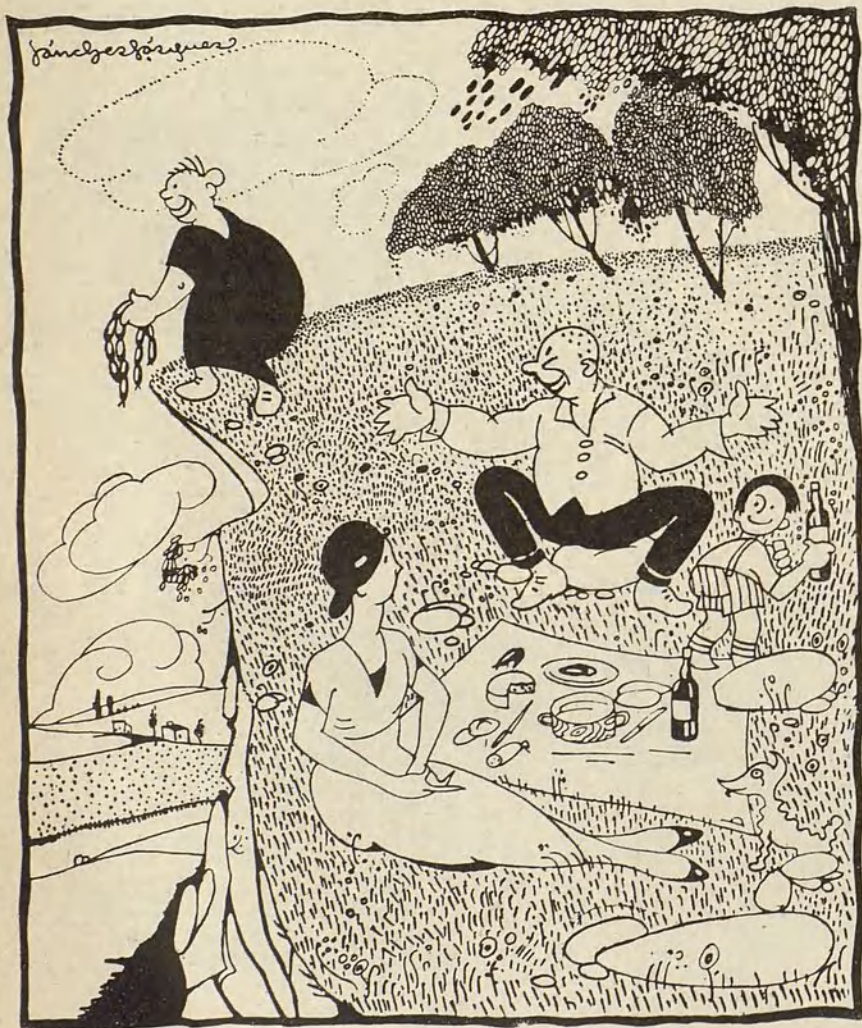
Loraf. — Madrid.

— ¿En qué se parecen los viejos a las cesterías?
— ¡...!
— En que tienen *canas...-tos*.

Corripis. — Oviedo.

El premio del número anterior ha correspondido a **A. Bayona, de Zaragoza**.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga

— Mamá suegra, tenga cuidado no vaya usted a caerse, que son los únicos chorizos que hemos traído.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., manteniendo la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelfero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Pólvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— Canarias: droguerías de A. Espinoso. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTE, HERMANOS, Badalona (España)



Dir. GARRIDO. — Madrid.

- Yo no comprendo cómo le ha podido matar sin pasarle las ruedas por encima.
— Es que le ha *dao* con el "salvavidas" Ayuntamiento de Madrid